

XLI. El Saco de Roma en los escritores italianos y españoles de la época.

Félix Fernández Murga.

Actas del coloquio interdisciplinar,
Bologna, 1976.

Doce consideraciones sobre el mundo
Hispano-Italiano en tiempos de Alfonso
y Juan de Valdés.

Prólogo de Manuel Sito Alba.

Presidente Marcel Bataillon.

Anexos de Pliegos de Cordel, I.

Publicaciones del Instituto Español de la
Lengua y Literatura de Roma.
Salamanca, 1979.

A C T A S
DEL COLOQUIO INTERDISCIPLINAR

**DOCE CONSIDERACIONES SOBRE EL
MUNDO HISPANO-ITALIANO EN TIEM-
POS DE ALFONSO Y JUAN DE VALDÉS**

(Bologna, abril de 1976)

Presidente, MARCEL BATAILLON

Moderador, MIGUEL BATLLORI

Coordinador del volumen, FRANCISCO RAMOS ORTEGA



Prólogo
de
MANUEL SITO ALBA

Roma, 1979

Anexos de *Pliegos de Cordel*, I
Publicaciones del Instituto Español de Lengua y Literatura de Roma

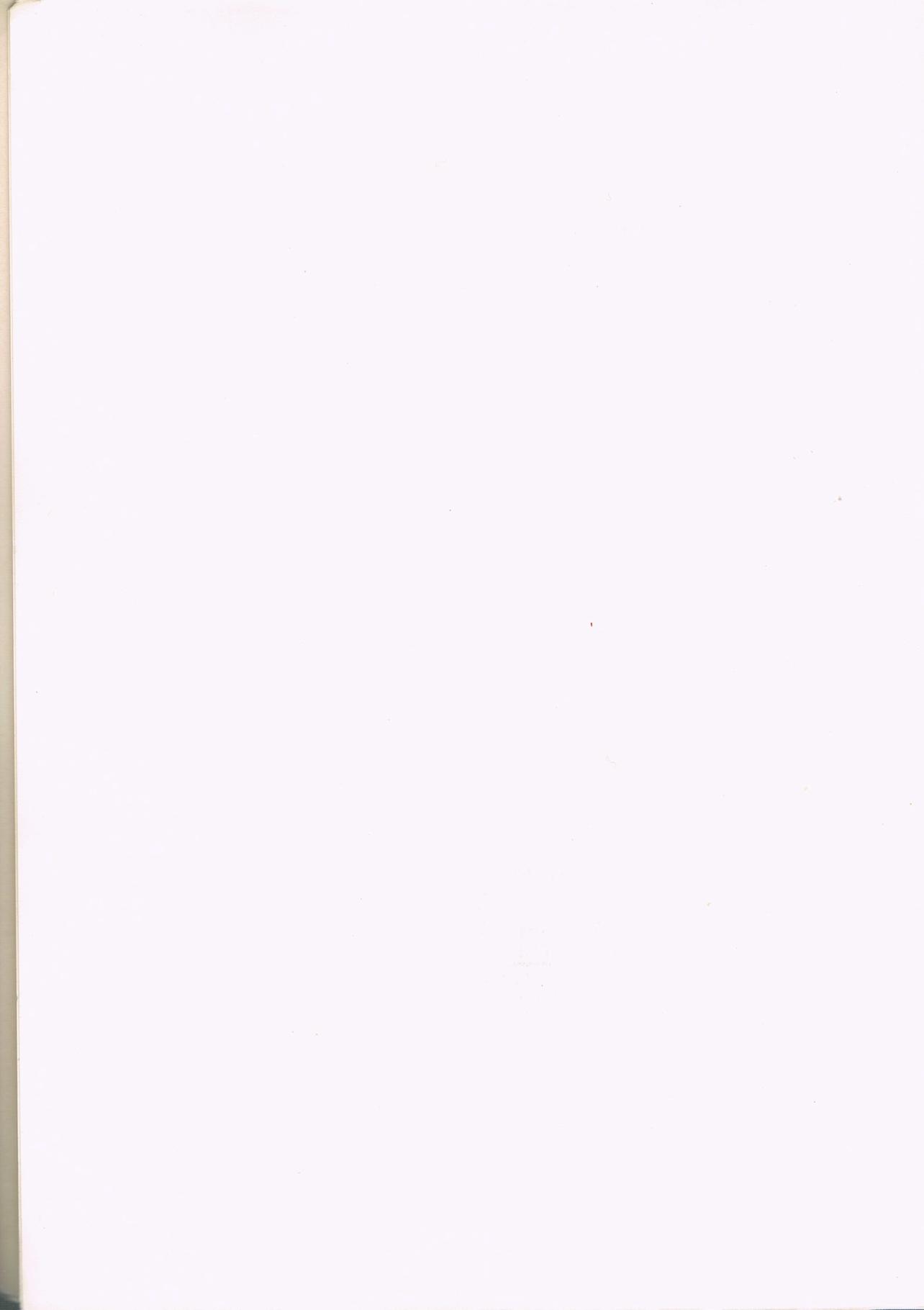




ACTAS
DEL COLOQUIO INTERDISCIPLINAR

DOCE CONSIDERACIONES SOBRE EL MUNDO HISPANO-ITALIANO
EN TIEMPOS DE ALFONSO Y JUAN DE VALDES





860-09

DOC

doc

A C T A S
DEL COLOQUIO INTERDISCIPLINAR

DOCE CONSIDERACIONES SOBRE EL
MUNDO HISPANO-ITALIANO EN TIEM-
POS DE ALFONSO Y JUAN DE VALDÉS

(Bologna, abril de 1976)

Presidente, MARCEL BATAILLON

Moderador, MIGUEL BATLLORI

Coordinador del volumen, FRANCISCO RAMOS ORTEGA



Prólogo
de
MANUEL SITO ALBA

Roma, 1979

Anexos de *Pliegos de Cordel*, I

Publicaciones del Instituto Español de Lengua y Literatura de Roma

R. 6759

Publicaciones del Instituto Español de Lengua y Literatura.

Director: MANUEL SITO ALBA.

Secretario de Redacción: FRANCISCO RAMOS.

Administrador: ANTONIO SERRA.

Redacción, Administración, Suscripciones: Instituto Español de Lengua y Literatura.
Largo dei Lombardi, 21. 00186 ROMA.

© 1979 Instituto Español de Lengua y Literatura de Roma.

Prohibida la reproducción.

ISBN 84 - 600 - 6764 - 5

Depósito legal: S. 563 - 1975

Viñeta de portada: *Cancionero de obras de burla provocantes a risa*, Valencia, 1519.

Gráficas EUROPA. Sánchez Llevot, 1. Teléfono *22 22 50. Salamanca, 1979

EL SACO DE ROMA EN LOS ESCRITORES ITALIANOS Y ESPAÑOLES DE LA ÉPOCA

FÉLIX FERNÁNDEZ MURGA

Pocos acontecimientos históricos han tenido una resonancia literaria tan amplia y tan intensa como el saco de Roma, llevado a cabo por las tropas de Carlos V el año 1527. Y es natural que así fuera, no sólo por la importancia y gravedad de los acontecimientos en sí mismos sino también por las múltiples implicaciones de diversa índole que éstos llevaron consigo.

La mayor parte de los escritores que se han ocupado de ellos les han dado (llevando siempre aquellas dolorosas aguas a su propio molino) un sentido teleológico de orden superior, como el de un hecho cuya realización o, por lo menos, cuya finalidad última ha sido establecida por fuerzas que desbordan la intención y la voluntad de los hombres; es decir, por la Providencia divina, o por las fuerzas del mal o, simplemente, por lo que suele llamarse fatalidad.

En la narración de los hechos, con tintas más o menos acentuadas, coinciden todos los que de ellos se han ocupado y, a través de cualquiera de ellos, podremos darnos cuenta de cuán grande fue la tragedia que durante largos meses, pero especialmente durante el mes de mayo de aquel aciago para Italia año 1527, se abatió sobre la Ciudad eterna, «la más hermosa y rica de todas las ciudades que entonces había en el mundo», como escribe Ludovico Pastor¹.

En lo que suelen diferir los escritores (y ahora tengo que referirme exclusivamente a los italianos y a los españoles) es en su juicio sobre los protagonistas de aquellos hechos: por una parte, Carlos V y su ejército, que asaltó y saqueó la ciudad y, por otra parte, el Papa Clemente VII y su corte pontificia, y hasta la ciudad de Roma misma, víctimas de aquel asalto y de aquel saqueo.

Aun limitando mi exposición a los escritores italianos y españoles, no podré, lógicamente, ocuparme de todos ellos en este breve espacio. Me ocuparé, por tanto, sólo de aquellos cuya intervención en la narración y enjuiciamiento de los hechos me parece más significativa. Y aún habré de prescindir de una bien abundante e interesantísima bibliografía que, por otra parte, ha sido ya cuidadosamente aprovechada por los historiadores de aquellos hechos. Me refiero a las numerosas comunicaciones enviadas a los

¹ L. PASTOR, *Historia de los Papas*, versión de la cuarta edición alemana por el R. P. Ramón Ruiz Amado, S. J., tomo IV, volumen IX, Barcelona, Gustavo Gili, 1911, pág. 313.

jefes de sus respectivos Estados por los embajadores acreditados en aquel momento ante el Papa y aun ante otros príncipes italianos ².

Entre los historiadores italianos contemporáneos a los acontecimientos, destaca la voz grave y dolorida del más ilustre de todos ellos, el florentino Francesco Guicciardini (1483-1540). Sus noticias son las mismas que nos dan los demás historiadores: «Sentivansi i gridi e urla miserabili delle donne Romane e delle monache... Udivansi per tutto infiniti lamenti di quegli che erano miserabilmente tormentati... Tutte le cose sacre... erano gittate per terra, aggiungendovi la barbarie Tedesca infiniti vilipendi» ³. Pero antes ha hecho Guicciardini especial hincapié en subrayar la inexorabilidad con que se desarrollaron los acontecimientos precedentes, como si Dios hubiera querido, por una parte, cegar los ojos de la prudencia a los que iban a ser las víctimas, y como si una mano implacable hubiera llevado hasta los muros de la ciudad, allanándoles el camino, a los que habían de asaltarla. La defensa de Roma se había encomendado, precisamente en aquellos días, a un hombre incompetente, Renzo da Ceri, a quien antes despreciaba Clemente VII y que acababa ahora de ganarse su confianza: «Renzo da Ceri, al quale il Pontefice aveva dato l'incarico principale della difesa di Roma..., avendo fatto ripari al Borgo, deboli a giudizio di tutti, ma a suo giudizio sufficienti, confidava tanto nella difesa, che nè permettesse che si tagliassero i ponti... Ma non fu manco meraviglioso (se è meraviglia che gli uomini non sappino o non possino resistere al fato) che il Pontefice, che soleva disprezzare Renzo da Ceri sopra tutti gli altri capitani, si rimettesse ora totalmente nelle sue braccia e nel suo giudizio» ⁴. Por otra parte, el mismo hado o la misma fortuna hizo que, en la mañana del asalto, en la trágica mañana del 5 de mayo de 1527, una densa niebla, que inesperadamente se alzó en aquellos parajes, permitiera a los asaltantes acercarse sin ser vistos y, por tanto sin poder ser hostigados, hasta el pie mismo de los muros de la ciudad: «avendogli favoriti la fortuna nel fargli appresentare più sicuramente, per beneficio de una folta nebbia che, levatasí innanzi al giorno, gli coperse insino a tanto si accostorno al luogo dove fu cominciata la battaglia» ⁵.

En el asalto a Roma perdió su vida, como es bien sabido, el duque de Borbón, generalísimo del ejército asaltante. Para los escritores transcendentalistas esta muerte tuvo, como veremos, sentido providencial. Según la mayor parte de los italianos, fue una clara muestra de la cólera divina contra el más inmediato responsable de aquel asalto. Así, por ejemplo, la interpretaba el historiador Paolo Giovio, que, al servicio de Clemente VII, se encontraba en Roma durante los días del saco: «... fue muerto Borbón... para que no se alegrasse

² L. PASTOR, *o. cit.*, notas en las págs. 317 a 342. De la colección documental *Il sacco di Roma del 1527*, cit. *ibid.*, pág. 315, nota 1, sólo apareció el vol. I, Roma, Forzani, 1901; el segundo, que había de dedicarse al saco de Roma en la literatura, no llegó a publicarse.

³ F. GUICCIARDINI, *La storia d'Italia*, volume quarto, libro decimottavo, Firenze, Salani, 1963, pág. 267.

⁴ F. GUICCIARDINI, *o. cit.*, págs. 262 y 263.

⁵ F. GUICCIARDINI, *o. cit.*, pág. 263.

su tan gran sacrilegio, viendo que había alcanzado victoria»⁶. También Matteo Bandello, en el cuento protagonizado por los gemelos Paolo y Nicaula extraviados en el saco de Roma, después de recalcar bien los atropellos cometidos durante aquellos días, hace análogas consideraciones sobre la muerte de Borbón: «fu il primo a sofferir la pena del peccato che faceva fare; che... prima che potesse aver allegrezza di vedere presa Roma, fu d'una archibugiata miserabilmente morto»⁷. Escribe a este propósito Benedetto Croce: «E sebbene sorgesse allora da più parti una voce che spiegava e giustificava quegli orrori come castigo divino per la corrutela della corte pontificia..., un altro sentimento di opposta religione si fece strada: che tutti coloro che avevano partecipato a quel sacco sarebbero finiti di mala morte». Y añade que, para el escritor Sperone Speroni, incluso la matanza de los cuatro mil españoles que, en el verano de 1539, defendieron heroicamente la fortaleza de Castelnuovo de Dalmacia contra el corsario Barbarroja, había sido una demostración de la cólera divina contra «certi insolenti spagnuoli avanzati alla peste di Roma, poichè in dispregio della religione cristiana molto empivamente violarono e saccheggiarono le sue chiese»⁸. Se refiere Speroni en esa despiadada consideración precisamente a los abnegados soldados que, al defender hasta el sacrificio de sus vidas aquella remota fortaleza, impidieron que el feroz Barbarroja pudiera emplear sus fuerzas en el saqueo de las costas italianas⁹.

Según otros escritores, lo que ocurrió en Roma estuvo totalmente al margen de la voluntad del duque de Borbón quien, de no haber muerto, habría impedido ciertamente los atropellos que se cometieron. Así Alfonso de Valdés, en su *Diálogo de Mercurio y Carón* hace afirmar al «nocchier della livida palude», como lo llamaba Dante (*Inferno* III, 98), que el alma del duque no había atravesado en su barca la laguna Estigia y que, por tanto, había tomado directamente el camino de la montaña del paraíso¹⁰.

Domenico Antonio Parrino, al referir los inútiles esfuerzos que hizo don Carlos de Lanoy, virrey de Nápoles, para evitar aquel «colpo funesto che andava a cadere addosso a questa santa città», no sabe, en cambio, si atribuir la responsabilidad de aquel asalto y de sus consiguientes desmanes a perfidia del

⁶ PAULO JOVIO, obispo de Nochera, *Primera parte de las Historias que escribió de su tiempo*, traducida en castellano por el licenciado Gaspar de Baeza, en Salamanca, en casa de Andrea de Portonarijs, 1562, fol. 305 v.

⁷ M. BANDELLO, *Tutte le opere*, a cura di Francesco Flora, volume primo, «la seconda parte», novella XXXVI, Milano, Mondadori, 3.^a ed. 1952, pág. 1034.

⁸ B. CROCE, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*, Bari, Laterza, 4.^a ed. 1949, págs. 248-49.

⁹ MANUEL FERNÁNDEZ ALVAREZ, *La España de Carlos V* (tomo XVIII de la *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal). Madrid, Espasa-Calpe, 1966, pág. 362.

El poeta napolitano Luigi Tansillo cantó a los héroes de Castelnuovo en tres bellos sonetos (llevan los números XVI, XVII y XVIII en la edición de sus *Poesie liriche* por Francesco Fiorentino, Napoli 1882), que fueron luego imitados por el poeta Gutierre de Cetina (cf. Graciliano González Miguel, *Luigi ansillo y España*, tesis doctoral inédita, tomo II, págs. 693-711, Salamanca 1975).

¹⁰ A. DE VALDÉS, *Diálogo de Mercurio y Carón*, edición y notas por José F. Montesinos, Madrid, Espasa-Calpe, «Clásicos Castellanos», 1965, págs. 67-68.

Borbón o a su incapacidad para contener a los soldados, sedientos de botín. De todas formas, enumera también su muerte entre las causas del saco, y añade que el cadáver del duque fue llevado a enterrar al castillo de Gaeta y que sobre su tumba se leía este epitafio en rudos versos:

*Francia me dio la leche,
España fuerza y ventura,
Roma me dio la muerte
y Gaeta la sepultura*¹¹.

Casi huelga recordar que, entre los defensores de la ciudad, estaba Benvenuto Cellini y que él es uno de los que, aunque no lo afirmen rotundamente, vienen a atribuirse el mérito de haber disparado entre la niebla el arcabuzazo que hirió de muerte al de Borbón.

Desde luego, no debe sorperndernos la presencia de Cellini entre aquellos soldados, ya que sabemos que el organizador de la defensa, el ya referido Renzo da Ceri, al ver en el último momento lo que se le venía encima, había echado mano precipitadamente de «pochi fanti utili, ma molta turba imbelli e imperita, raccolta tumultuariamente dalle stalle dei cardinali e dei prelati e dalle botteghe degli artefici e dalle osterie»¹². En cualquiera de aquellos lugares pudo haber sido reclutado el pendenciero Cellini. Pero es él mismo quien nos dice que la razón de hallarse entre los defensores de la ciudad fue su amistad con Alessandro del Bene, hijo de un rico mercader romano, que le pidió su ayuda en esta ocasión, como ya lo había hecho también en septiembre del año anterior, cuando el saqueo del Vaticano por las tropas de los Colonna. Vale la pena escuchar las palabras de aquel testigo de excepción que, con la más espontánea naturalidad y sin presuntuosas jactancias en este caso, nos cuenta aquellos primeros momentos del asalto:

«Giugnemmo alle mura di Campo Santo [es decir, al cementerio de los Alemanes, junto al Vaticano] e quivi vedemmo quel meraviglioso esercito che di già faceva ogni suo sforzo per entrare. A quel luogo delle mura dove noi ci accostammo, v'era molti giovani morti da quei di fuora; quivi si combatteva a più potere; era una nebbia folta quanto immaginar si possa; io mi volsi a Alessandro e li dissi: *Ritiriamoci a casa il più presto possibile, perché qui non è un rimedio al mondo; voi vedete, quelli montano e questi fuggono*. Il ditto Alessandro spaventato, disse: *Così volesse Iddio che venuti noi non ci fussimo*. E così voltossi con grandissima furia per andarsene. Il quale io ripresi, dicendogli: *Da poi che voi mi avete menato qui, gli è forza fare qualche atto da uomo*. E volto il mio archibuso dove io vedevo un gruppo di battaglia più folta e più serrata, posi la mira in nel mezzo appunto a uno che io vedevo sollevato dagli altri; però ... la nebbia non mi lasciava discernere se questo era a cavallo o a

¹¹ D. A. PARRINO, *Teatro eroico e politico de' governi de' Vicerè del Regno di Napoli*, tomo I, in Napoli, nella nuova Stampa del Parrino e del Mutii, 1692, págs. 98-101.

¹² F. GUICCIARDINI, *o. cit.*, pág. 262.

piè. Voltomi subito a Lessandro e a Cecchino, dissi loro che sparassino i loro archibusi; e insegnai loro il modo, acciocché e' non toccassino una archibusata da que' di fuora. Così fatto, dua volte per uno, io mi affacciai alle mura destramente, e veduto infra di loro un tumulto istrasordinario [sic], fu che da questi nostri colpi si ammazzò Borbone; e fu quel primo che io vedevo rilevato dag'i altri, per quanto da poi s'intese. Levatici di quivi, ce ne andammo per Campo Santo, ed entrammo per San Piero; e usciti là drieto [sic] alla chiesa di Santo Agnolo, arrivammo al portone di Castello con grandissima difficoltà, perché il signor Renzo da Ceri e il signor Orazio Baglioni davano delle ferite e ammazzavano tutti quelli che si spiccavano dal combattere alle mura»¹³.

Menos interés tienen ya sus hazañas y valentías dentro del Castel Sant'Angelo, desde el que, gracias a su pericia en los disparos, pudo eliminar a más de un asaltante, con gran regocijo de Clemente VII, el cual, «alzato le mani e fattomi un patente crocione sopra la mia figura, mi disse che mi benediva, e che mi perdonava tutti gli omicidi che io avevo mai fatti, e tutti quelli che io farei in servizio della Chiesa apostolica»¹⁴.

Somo es sabido, la gloria de haber matado al de Borbón la reivindicaban igualmente para sí otros artistas, que se hallaban también en Roma en aquellos aciagos días; entre ellos, Giovanni da Udine y el pintor veneciano Domenico Casavanti¹⁵.

Eran, efectivamente, muchos los artistas que fueron sorprendidos por los acontecimientos en Roma, la cual, después del paréntesis de austeridad impuesto por el pontificado de Adriano VI, había recobrado con Clemente VII parte de aquel esplendor renacentista, que había alcanzado su apogeo en tiempo de su primo León X. Así Sebastiano del Piombo que, desde Castel Sant'Angelo, escribía una misiva a Pietro Aretino durante los días del saco¹⁶. Julio Romano había salido de la ciudad poco antes y pudo llegar hasta Mantua precisamente durante aquellos mismos días¹⁷. El filósofo cosentino Bernardino Telesio tuvo peor suerte y cayó prisionero de los asaltantes. Y aún la tuvo peor el pintor veneciano maestro Andrea, recordado por el Aretino en su comedia *Cortigiana*, que, después de haber gozado abundantemente la vida, la perdió en Roma durante el saco¹⁸.

En Roma estaba también el mordaz Francesco Berni, huésped en aquel momento de Giammatteo Giberti, obispo de Verona y datario del Papa. Pudo así Berni constatar el triste resultado final de todas aquellas vacilaciones e incertidumbres de Clemente VII, que él había satirizado en uno de sus más conocidos sonetos con estrambote:

¹³ B. CELLINI, *Vita*, Libro primo, cap. 34, Milano, Rizzoli (B.U.R.), pág. 73.

¹⁴ B. CELLINI, *o. cit.*, pág. 79.

¹⁵ Cfr. JOSÉ LÓPEZ RODÓ, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1957, pág. 880.

¹⁶ P. ARETINO, *Teatro*, a cura di G. Petrocchi, Milano, Mondadori, 1957, pág. 800, n. 4.

¹⁷ Cfr. «Rivista internazionale dell'E. N. I. T.», año XXVIII, Roma 1975, pág. 20.

¹⁸ P. ARETINO, «Prologo» a la *Cortigiana*, en *Teatro cit.*, pág. 99 y nota 9 en pág. 792.

Un papato composto di rispetti,
 Di considerazioni e di discorsi,
 Di più, di poi, di ma, di se, di forsi,
 Di pur, di assai parole senza effetti;
 Di pensier, di consigli, di concetti,
 Di congetture magre, per apporsi,
 D'intrattenerti pur che non si sborsi,
 Con audienza, risposte e bei detti;
 Di piè di piombo e di neutralità,
 Di pazienza, di dimostrazione,
 Di fede, di speranza e carità;
 D'innocenza, di buona intenzione,
 Ch'è quasi come dir semplicità,
 Per non le dare altra interpretazione.
 Sia pur con sopportazione,
 Lo dirò, pur vedrete che pian piano
 Farà canonizzar papa Adriano ¹⁹.

Matteo Bandello, verdadero cronista de su época en sus *Novelle* y en las cartas dedicatorias que las preceden, y que a la sazón estaba a punto de abandonar, a sus cuarenta y dos años, su hábito de dominico, hace una sucinta historia del saco en la carta a Domenico Cavazza, que precede a una de dichas *Novelle*, «Abbiamo veduto il gran pastor di Roma, di tedeschi e di spagnoli prigionie, aver la libertà comprata da Carlo imperatore, e Roma crudelissimamente essere stata saccheggiata, spogliate le chiese, violate le monache, e tutte quelle crudeltà essercitate che si possano imaginare, di modo che i goti altre volte furono più pietosi» ²⁰.

Entre los historiadores, o comentaristas, del saco, es frecuente, y muy significativa, esta alusión a los godos, en cuanto enemigos y destructores de la civilización romana. El mismo Menéndez y Pelayo se hace eco de esta consideración (que lleva implícito uno de los aspectos más polémicos del humanismo italiano frente al de los demás pueblos de Europa), cuando escribe refiriéndose al duque de Borbón: «sus hordas tudescas, españolas e italianas entraron a saco la Ciudad Eterna, con tal crueldad y barbarie, como no se había visto desde los tiempos de Alarico y Totila» ²¹. Pero la mayor parte de los escritores italianos evitan el señalar también la presencia de soldados italianos entre las tropas de Borbón.

¹⁹ F. BERNI, *Rime*, en *Antologia della letteratura italiana*, diretta da Maurizio Vitale, tomo III, a cura di Carlo Salinari, Milano. Rizzoli, 3.^a ed. 1970, pág. 265 y la nota III, 12, en la misma página: «Adriano VI, predecessore di Clemente VII, anch'egli famoso per la sua titubanza».

²⁰ M. BANDELLO, *Le novelle*, Terza parte (dedicatoria de la *Novella LXII* «Al gentilissimo messer Domenico Cavazza»), en *Tutte le novelle*, a cura di Francesco Flora, vol. II, Milano, Mondadori, 3.^a ed. 1962, págs. 568-569.

²¹ M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo II, libro IV, capítulo II, Madrid 1880, pág. 111.

Ludovico Ariosto, que pasaba los últimos años de su vida en la entrañable paz de su casa en Ferrara, donde preparaba la tercera edición de su *Orlando furioso*, tuvo tiempo para incluir en ella esta dolorida alusión al saco de Roma:

Vedete gli omicidi e le rapine
 In ogni parte far Roma dolente;
 E con incendi e stupri le divine
 E le profane cose ire ugualmente.
 Il campo de la lega le ruine
 Mira d'appresso, e 'l pianto e 'l grido sente;
 E dove ir dovria inanzi, torna indietro,
 E prender lascia il successor di Pietro ²².

Cuando, poco después de publicada esta tercera edición del *Furioso*, fue a Mantua Carlos V, el buen Ariosto no tuvo inconveniente en acudir a esta ciudad para ofrecer personalmente al emperador un ejemplar de su obra. Y ello a pesar de las duras palabras («mani empie e ladre»), con que en la estrofa siguiente (la 56 del mismo Canto XXXIII) continuaba refiriéndose a las tropas imperiales, realizadoras del saco.

Por su parte, Pietro Aretino, «il flagello / de' principi, il divin Pietro Aretino», como lo llamaba el mismo Ariosto ²³, se refiere en diversas ocasiones a aquel acontecimiento. Pero, en este caso, mientras fustiga a veces los vicios de la ciudad, no se atreve a esgrimir su azote contra los verdaderos protagonistas de la tragedia: por una parte, el emperador Carlos V y, por otra, el Papa Clemente VII. A ambos príncipes dirigió conciliadoras cartas, fechadas en el mismo mes de mayo, en que tuvo lugar el saco, exhortándolos a la mutua comprensión y reconciliación, en beneficio de la religión católica, y a considerar aquel hecho, permitido por la Providencia divina, como un aprovechable medio de salud espiritual, sobre todo para los que habían sufrido tan tremendo castigo. Al emperador le recomendaba clemencia para que su justicia no pudiera parecer crueidad, pidiéndole, ante todo, la libertad del Papa. Y al Papa, víctima propiciatoria de ajenos pecados, lo exhortaba a renunciar a toda idea de posible represalia en el futuro contra el emperador que, en fin de cuentas, era «il fermento di quella fede del qual sete il padre».

Terminaba así su carta al emperador, fechada en Venecia el 24 de mayo de aquel año 1527:

«Ma se questa clemenza, ombra de le braccia di Dio, è tutta piovuta ne la vostra mente, chi dubita che il Pastor de la Chiesa non sia libero di dove è stato posto non da la ragione che ha usata seco la insolenzia de la guerra, ma dal cielo il quale ha spirato sopra il capo de la corte un vento di aversità, per-

²² L. ARIOSTO, *Orlando furioso*, a cura di Lanfranco Caretti, Canto XXXIII, 55, Torino, Einaudi, 1966, págs. 1000-1001.

²³ L. ARIOSTO, *o. cit.*, Canto XLVI, 14, vv. 3-4.

mettendo ciò che Roma ha sofferto? Ma perché la giustizia de la vostra misericordia non paia crudeltade, piaccia a voi che la rovina non proceda più oltre. Ecco in vostro arbitrio la pietà e il papa: ritengasi lei e lascisi lui, donando al favor concesso da Cristo a la vincita vostra il vicario suo, non consentendo ch'a la letizia de la vittoria impedisca l'ufficio del vostro divin costume; ché certissimamente, fra tutte le corone che avete acquistate e in quelle che Dio e la sorte debbono al rimanente de la vostra illustre vita, non si vedrà mai atto di più degna ammirazione. Ma che non puote la speranza ne la ottima, religiosa e cortese Maestà di Carlo quinto, cesare sempre augusto?»²⁴.

La carta a Clemente VII está fechada en Venecia «l'ultimo di maggio 1527». En ella procura hábilmente el Aretino llevar a la mente del Papa, acorralado en Castel Sant'Angelo, la consideración, nobilmente consoladora, de que la Providencia lo había elegido como víctima propiciatoria para expiar con su prisión y sus sufrimientos los pecados ajenos, y lo exhorta a no buscar venganza contra «el buen Carlos» cuando éste lo haya liberado, sino, por el contrario, aliarse con él contra el común enemigo oriental, es decir, el turco: «Era di necessità che il vicario di Cristo col patir le miserie de i casi scontasse i debiti de i falli d'altri; né appariva chiara a tutto il mondo la giustizia con cui il cielo corregge gli errori, se il carcere vostro non era testimonio. Sì che consolatevi ne gli affanni, poi che la volontà sua vi ha posto ne lo arbitrio di Cesare, onde potete in un tratto sperimentare la misericordia divina e la clemenza umana. ...così le avversità aguzzano gli animi generosi di maniera che si fan beffe de la fortuna, la quale è vituperata se voi non mettete a conto suo la grandezza de l'accidente che vi ha interdetta la libertà. Non si nega che ella non vi abbia assalto con ogni spezie di crudeli occorrenze... Ma se Iddio si fusse stato da parte, gli accorgimenti vostri le insegnavano come si serve, e non come si impera. Pure a lui che può il tutto cedete il tutto, e cedendogli ringraziatelo; ché essendo lo imperadore il fermamento di quella fede del qual sete il padre, vi ha dato a la sua potestà, perché voi innestiate le voglie papali con i voleri cesarei, onde i grandi acrescimenti de i vostri onori splenderanno in ciascuna parte de l'universo». Y, como un augurio de pronta y feliz reconciliación entre el Papa y el Emperador, terminaba así aquella carta, escrita, como hemos visto, muchos meses antes de que tan faustos augurios tuvieran feliz realización: «Ecco il buon Carlo che tutto mansueto vi ritorna nel primo stato; eccovelo inginocchiato inanzi con l'umiltà che si debbe a chi tiene il luogo di Cristo e al grado di cesare. In sua Maestà non è superbia. Sì che attentivi a le braccia de la potenza concessale di sopra, e rivolgendo la catolica spada inverso il fiero petto de l'Oriente, transformatelo nel subietto de i vostri sdegni. Così da lo inconveniente in cui vi ha posta la licenza de i peccati del clero, con

²⁴ P. ARETINO, *Lettere: Il primo e il secondo libro*, a cura di Francesco Flora, con note storiche di Alessandro del Vita, Milano, Mondadori, 1960, págs. 17-19 (lettera 7 del primo libro).

laude e gloria uscirà il premio de la pazienza, che percìo ha sofferta la constanzissima Vostra Santidade»²⁵.

La verdad es que en otras ocasiones no se mostró el Aretino tan sereno y ponderado, como en estas dos cartas, al tratar de aquellos hechos, sino que más bien hizo honor a su bien ganada fama de fustigador temible. Así por ejemplo, en su «pasquinata» *Pax vobis*²⁶. En otro lugar (en la segunda jornada del *Diálogo*, que constituye la segunda parte de sus famosos *Ragionamenti*), se divierte en parodiar el relato que hace Eneas a Dido de sus propias desventuras, poniendo uno análogo en boca de «un barone romanesco, non romano», que había logrado escapar de Roma en los días aciagos del saco (el autor juega con la doble acepción de esta palabra: «uscito per un buco del sacco di Roma») y había llegado hasta unas hospitaleras playas, donde gobernaba una mujer. Pero, a pesar del tono impiadoso, y hasta divertido, del relato que la Nanna ha escuchado al barone y ella repite a la Pippa, se advierte a veces algo que parecería sincera conmoción del autor. Así, cuando la Pippa, refiriéndose al barone, pregunta a su madre la Nanna: *Come può essere, che egli piangesse il mal del papa, essendo nimico de preti?* Esta le responde: *Perché noi siamo pur cristiani, ed eglino son pur sacerdoti, e l'anima dee pur pensare al fatto suo*²⁷.

Con el mismo tono sarcástico de los *Ragionamenti* alude también al saco en diversos pasajes de su comedia *Cortigiana*, ambientada en una Roma abatida, pero no enmendada, inmediatamente después de aquel tremendo castigo.

²⁵ P. ARETINO, *Lettere* cit., págs. 17 y 18-19.

El desconsuelo de la cristiandad por las funestas luchas entre los príncipes cristianos, y el deseo de que, en lugar de destruirse ellos mutuamente, aunaran sus esfuerzos contra el enemigo de la común religión cristiana, se patentiza en el conocido soneto de la poetisa Veronica Gambara (1485-1550):

Vinca gli sdegni e l'odio vostro antico,
Carlo e Francesco, il nome sacro e santo
di Cristo; e di sua fé vi caglia tanto
quanto a voi più d'ogni altro è stato amico.
L'arme vostre a domar l'empio nemico
di lui sian pronte; e non tenete in pianto
non pur l'Italia, ma l'Europa, e quanto
bagna il mar, cinge valle o colle aprico.
Il gran Pastor, a cui le chiavi date
furon del Cielo, a voi si volge e prega
che de le gregi sue pietà vi prenda.
Possa più de lo sdegno in voi pietate,
coppia reale, e un sol desio v'accenda
di vendicar chi Cristo sprezzza e nega.

Cfr. *Antologia della letteratura italiana*, cit., tomo III, págs. 250-251.

²⁶ Escribe, a este propósito, Alessandro del Vita: «Avremo spesso occasione di far notare come l'Aretino usasse (o sapesse) sdoppiarsi, assumendo nei suoi scritti, nei confronti de personas o avvenimenti, posizioni diametralmente opposte. In occasione della presa e del sacco di Roma, per esempio, dopo avere scritto, dedicandola al marchese Federigo Gonzaga, la nota canzone a Roma (Codice Marciano, Cl. XI It., n. LXVI, cc. 282 r. sgg.), in cui sono nobili espressioni d'amore per la Città eterna e di sdegno per le atrocità commesse durante el saccheggio, aveva, in preda a quello ch'egli chiamava el 'furone di Pasquino', dettato l'atroce pasquinata *Pax vobis* (Cod. Marciano o. cit., c. 284 v.) indirizzata a Clemente VII e alla 'brigata' di Cardinali con lui prigionieri in Castel Sant'Angelo».

²⁷ P. ARETINO, *I ragionamenti*, Bologna, Sampietro, s.a., pág. 158.

Así se declara explícitamente en el *Prólogo* dialogado, que precede a la comedia:

«Forestiere: Dove accader così dolci burle?

Gentiluomo: In Roma, non la vedete voi qui?

Forestiere: Questa è Roma? misericordia, io non l'avrei mai riconosciuta.

Gentiluomo: Io vi ricordo ch'ella è stata a purgare i suoi peccati in mano de gli Spagnuoli, e ben s'è ella ita a non star peggio»²⁸.

En la escena cuarta del primer acto, entre las historias de hechos recientes que vende el *Furfante*, están «le prediche di fra Martino, il Concilio..., la cosa d'Inghilterra, la pompa del papa e dell'imperadore..., il sacco di Roma», etc. Al saco vuelve a aludir en la escena ventitrés y última de dicho acto primero, poniendo en boca del cruelmente burlado *Pescatore* estas palabras: «che mala-detto sia Roma, chi ci sta e chi l'ama e chi gli crede. E lo dirò a suo marcio dispetto, io mi credeva che il castigo che l'ha dato Cristo per mano de gli Spagnuoli, l'avesse fatta migliore, ed è più scelerata che mai».

Algo parecido viene a decir el *Rosso*, en la escena 15.^a del acto quinto, a la Aluigia, que tiene gran curiosidad por saber cómo viven los curas en la sa-queada Roma:

«Aluigia: Mangiano in tinello i prelati?

Rosso: Ci fossero de i tinelli, come ci mangerebbono de i prelati! E forse che ognun non corre a Roma. Venite via, ché ci si legano le vigne con salsicce.

Aluigia: Benedette sien le mani a gli Spagnuoli!

Rosso: Sì, s'eglino avessero castigati i miseroni e i ribaldi, e non i buoni; e che sia il vero, il prelado che ti ho detto da le quattro noci giura che sono più ricchi che mai, e dice che, quando son ripresi di non tener famiglia e di far morire di fame quella che tengono, allegano il sacco e non la lor poltroneria.

Aluigia: Ti so dir che tu le sai tutte...»²⁹.

El juicio del Aretino, de que el saco de Roma podría haber sido un provechoso cauterio (es decir, dolor como remedio) para curar las llagas morales de Roma, coincide, como veremos, con el de la mayor parte de los escritores españoles; pero aún es más pesimista que éstos, pues se empeña en subrayar lo inútil de aquel remedio.

Por su parte, Giovan Battista Giraldi, llamado Cintio o Cinzio, aprovechó el saco de Roma, y la peste que lo siguió, como pretexto ocasional para el relato de sus *Ecatommitti*, al igual que había hecho Boccaccio para su *Decamerón* con

²⁸ P. ARETINO, *Tutte le opere*, vol. I: *Teatro*, a cura di Giorgio Petrocchi, Milano, Mondadori, 1971, págs. 99-100.

²⁹ P. ARETINO, *Tutte le opere*, vol. I: *Teatro* cit., págs. 104, 121 y 207.

la peste de Florencia del 1348. Tan presente está el recuerdo del *Decamerón* en esta obra de Giraldo Cinzio, que a veces casi calca las palabras de aquél, como en este pasaje del *Proemio*: «Dico adunque, ch'essendo già corsi gli anni mille cinquecento ventisette, dopo che il verace Figliuolo d'Iddio, per la salute dell'umana generazione, nacque uomo fra gli uomini, uno signore Alamano, tratto dall'odio, che ed egli, e molti di quella nazione... portavano alla santità del papa...», etc.³⁰. Recuerdan, efectivamente, estas palabras demasiado de cerca las que escribe Boccaccio en la «Introduzione» a la primera jornada del *Decameron*: «Dico adunque che già erano gli anni della fruttifera Incarnazione del Figliuolo di Dio al numero pervenuti di milletrecentoquarantotto, quando nella egregia città di Fiorenza...»³¹.

Giraldo Cinzio nos presenta una detallada descripción del asalto y del saco de Roma, recargando las tintas, de acuerdo con sus propias ideas sobre la tragedia, para provocar en el lector, como aconsejaba Séneca, el horror y, mediante el horror, la catarsis o liberación de las malas pasiones. El acontecimiento se prestaba bien a ello, y Giraldo no desperdició la ocasión. La tragedia colectiva de toda Roma queda subrayada con estruendos de trompetería horrenda y escenas detalladas de sobrehumana desesperación: «Salite adunque i nemici le mura, tra la porta Settimiana e la Pancraziana, a viva forza se n'entrarono con tanto furore, e con così orgoglioso animo, con sì orribile strepito di trombe, e di tamburi, e con suono di sì orrende e spaventevoli voci, che parve al popolo Romano, che tutto il mondo si fosse alla sua ruina insieme aggiunto... Vedevansi le figliuole colle braccia aperte correre nel seno delle misere lor madri, e le afflitte madri involgersi le mani e nelle barbe e ne' capelli de' soldati, e cercare con ogni lor forza di difender le figliuole dalla villania di que' crudeli. Ma ciò non pure non facea profitto alcuno, ma al mal far più gli accendea, perché questi malvagi pigliavano le madri, e gittatele in terra, sopra esse (misero e orribile spettacolo!) violavano le vergini figliuole, e molte volte sazia la lor lussuria, uccidevano queste e quelle negli occhi del padre e del marito che prigionieri erano; nei quali tanta fu la forza del dolore, che senza potere avere lagrime a piangere, o voci a gridare, se ne stavano come mute e insensibili statue di pietra a vedere le loro sciagure. E vi furono delle madri, le quali non potendo vedere le abominevoli ingiurie fatte alle figliuole loro, si cacciarono colle dita gli occhi del capo...»³².

Y he aquí otra espectacular escena de tragedia sin respiro: «Tra questi così fieri e miserabili accidenti, vi furono dei padri d'animo veramente romano, i quali, più temendo la macchia dell'onore che l'orrore della morte, non volendo vedere così malamente, e così vituperosamente menare il lor sangue, pigliaron le lor figliuole, e con gli acuti coltelli le svenarono, dicendo ad alta

³⁰ G. B. GIRALDI CINZIO, «Proemio» a *Gli Ecatommiti*, en «Biblioteca portatile del viaggiatore», vol. 5, Firenze, Tipografia Borghi e Compagni, 1834, pág. 1754, columna 1.

³¹ G. BOCCACCIO, *Decameron*, a cura di Vittore Branca, Firenze, Le Monnier, 1951, tomo I, pág. 16.

³² G. B. GIRALDI CINZIO, *o. cit.*, pág. 1755, col. 1 y 2.

voce: Poi che anco l'onestà delle donne non è salva nei tempii degli Iddii immortali, vinca la dura necessità della fortuna la pietà paterna, e rimangansi le vergini romane sicure da villania, sotto il governo degli infelici padri loro, con quel modo migliore ch'essi a disonore le possono sottrarre. Questo vedendo le madri, mosse anch'esse dal medesimo desio dell'onore, e non reputando la morte pena a così fatto tempo, ma grandissimo dono, offersero volontariamente i petti nudi ai loro mariti, e pregaronli che le uccidessero; le quali uccise, i valorosi uomini, raccolti insieme i corpi delle figliuole e delle mogli, voltarono similmente i coltelli in se stessi, e sopra le lor donne morti si caddero»³³. Y esta otra, que no le va a la zaga: «Laonde, ridutta la moltitudine delle genti prese in un luogo, come se una greggia fosse stata, dissero loro con fiera voce e con minaccioso viso, che dovessero manifestare loro i nascosti tesori, che altrimenti si disponessero a vedere tutti i lor figliuoli piccioli subito uccisi: e rispondendo i cattivelli, che erano rimasi così privi di ogni cosa, che più non avanzava lor cosa da poter scoprire, se non le gravi lor miserie, trassero fuori que' cani i coltelli, e senza pietà alcuna (oimè che mi trema la mano a scrivere caso sì orribile) sprezzati i preghi dei padri, e i pianti delle madri, ch'avrebbon piegare le più alpestre e le più selvagge fiere, si posero co' ferri nudi in mano traquella misera turba, e traendo i fanciulli dal seno e dalle poppe delle madri, e dalle braccia dei padri, ne svenarono alcuni, alcuni percossero col capo al muro, altri a guise di palle rotarono in aria, e molti ne gittarono nel Tevere, nel quale già alcune madri, per non veder così fiero strazio dei loro figliuoli, si erano volontariamente, co' fanciulli in braccio, gittate»³⁴.

En este caso, la intención de Giraldi Cinzio (que, aunque no publicara sus *Ecatommiti* hasta 1565, los había comenzado ya en 1528, es decir, en fecha muy próxima a la de los acontecimientos) no es, evidentemente, darnos una versión objetiva de los hechos, que correspondiera rigurosamente a la verdad histórica, sino, más bien, una versión literaria, ajustada únicamente a la verdad moral, es decir, a lo que, dadas aquellas circunstancias y aquel desencadenamiento de pasiones, es lógico que pudiera haber ocurrido.

El tono mismo del relato es ya de por sí una radical condena del saco y de sus autores. Pero conviene recordar que, en otra ocasión anterior, «el mismo acontecimiento había sido analizado por él en 1556 con un juicio absolutamente desfavorable a la Iglesia y al Vaticano»³⁵.

Como otros muchos escritores, Giraldi Cinzio estima también que estos acontecimientos fueron movidos por fuerzas superiores a los hombres que los protagonizaron: la Providencia divina en unos casos o las potencias infernales, en otros: Así, a su juicio, la muerte de Borbón, hacia cuyo valor no deja de mostrar cierta admiración, fue obra y castigo de Dios: «egli, come io credo, per

³³ G. B. GIRALDI CINZIO, *o. cit.*, pág. 1756, col. 1.

³⁴ G. B. GIRALDI CINZIO, *o. cit.*, pág. 1757, col. 1-2.

³⁵ Cfr. SALVATORE BATTAGLIA, *Le epoche della letteratura italiana*, tomo I, Napoli, Liguori, 1969, pág. 816.

voler divino se ne rimase morto dal colpo de una palla di archibuso, che il percosse nel manco lato alla anguinaglia... E diè quel fiero animo, infin mai ch'ebbe spirito di vita, chiarissimo segno del suo valore, se così si puote chiamare l'ardire che si usa in compire impresa malvagia»³⁶. En cambio, la densa niebla que facilitó la llegada del ejército imperial hasta el pie de las murallas de Roma, habría sido obra del maligno: «perché eran involti da densissima nebbia, mandata, com'io credo, dal più basso centro dell' inferno dal nemico dell'umana generazione, per favorire così scelerata opra»³⁷. Se trata del mismo providencialismo acomodaticio con que, desde puntos de vista diametralmente opuestos, Alfonso de Valdés y la mayor parte de los escritores españoles vieron en el ejército imperial sólo un instrumento del cielo para el castigo y enmienda de los pecados de la ciudad: pecados que, por otra parte, también Giraldo Cinzio reconocía, al mismo tiempo que esperaba su curación. «Che sebbene per gli peccati nostri (ch'aitrimente pensar non si dee) la giustizia d'Iddio ci ha lasciata venire addosso questa tempesta, voglio nondimeno sperare nella sua clemenza, ch'egli con sì pietoso occhio ci riguarderà, che in picciolo spazio di tempo potremo veder Roma, se non nel pristino stato, almeno in molto migliore, in ch'ella ora non è»³⁸.

También en la literatura española dejó su eco, como era de esperar, aquel acontecimiento que tan directamente, y por diversos motivos, afectaba a España. Ni la distancia geográfica ni el retraso normal (un mes largo), con que solían llegar entonces las noticias de Italia a España y viceversa, pudieron atenuar el impacto psicológico de aquel clamoroso hecho. Sabemos que, en general, la noticia causó en la península ibérica un gran estupor y una gran consternación. Da testimonio de ello nada menos que el que en aquel momento era Nuncio del Papa en España, es decir, Baldesar Castiglione, que, en su carta-alegato contra Alfonso de Valdés, escribe de esta manera: «E bench'io abbia ricevuto tanto onore e tante cortesie da questa eccellentissima nazione, che mai non sono per scordarme, tal ch'io non mi riputarò giamai di essere meno spagnuolo che italiano, pure quello che più che tutto il resto mi ha obligato è stato il veder l'universal dolore e compassione che i grandi e i piccioli, uomini e donne, nobili ed ignobili, poveri e ricchi e d'ogni sorte hanno tenuto della ruina di Roma e delle calamità del Papa»³⁹. Por lo que se refiere al emperador Carlos V, el mismo Castiglione afirma que era verdad pública que «sua Maestà non solamente non comandò né consentì né approvò mai il male che si fece in Roma, ma ne ebbe grandissimo dispiacere e di questo ne ha più volte fatto testimonio, parlando pubblicamente con qualunque gli è venuto a proposito»⁴⁰. Efectivamente, Carlos V no sólo expresaba verbalmente su pesar por lo que había

³⁶ G. B. GIRALDI CINZIO, *o. cit.*, pág. 1754, col. 2.

³⁷ G. B. GIRALDI CINZIO, *o. cit.*, págs. 1754, col. 2; 1755, col. 1.

³⁸ G. B. GIRALDI CINZIO, *o. cit.*, pág. 1759, col. 1-2.

³⁹ B. CASTIGLIONE, *Lettere*, «Risposta al Valdés», en *Il libro del Cortegiano con una scelta delle opere minori*, a cura di Bruno Maier, Torino, U.T.E.T., 2.^a ed. 1964, pág. 693.

⁴⁰ B. CASTIGLIONE, *o. cit.*, pág. 689.

ocurrido en Roma, sino que en su famoso mensaje a los príncipes cristianos, en el que exponía los antecedentes que llevaron fatalmente a aquel «insulto que habréis oído, aunque a la verdad no creemos ser tan grande como nuestros enemigos han por todas partes sembrado», decía textualmente: «aunque... esse mismo Dios en quien de verdad havemos puesto toda nuestra esperança, quiso tomar vengança de los agravios que contra toda razón se nos hazían, sin que para ello interviniesse de nuestra parte consentimiento ni voluntad alguna, havemos sentido tanta pena y dolor del desacato hecho a la Sede apostólica, que verdaderamente quisiéramos mucho más no vencer que quedar con tal victoria vencedor»⁴¹. También él había quedado en un primer momento «perplejo, como poseído de estupor»⁴², ya que el saco de Roma lo llenó de turbación, contrariamente a lo que le ocurrió a su hermano Fernando que, como escribe un ilustre historiador moderno, «más consecuente, ve en la derrota y prisión del Papa Clemente VII una gran oportunidad e incluso espera de ella un notorio aumento del prestigio imperial»⁴³.

Pero ante la opinión europea, dolida y escandalizada por lo ocurrido en Roma, no bastaban las imperiales palabras de condolencia ni tampoco el hecho de que el César suspendiera los festejos programados con motivo del nacimiento en Valladolid de su hijo primogénito, el futuro Felipe II. Se vio, pues, precisado a explicar y justificar su conducta ante los príncipes cristianos de Europa con el susodicho mensaje, cuya redacción encargó a su secretario Alfonso de Valdés en los últimos días de julio⁴⁴. El no había querido esos acontecimientos; eran las circunstancias (y entre estas circunstancias la ambigua política antiimperial de Clemente VII, que «se dexó engañar de algunos malignos que cabe sí tenía») las que habían determinado lo ocurrido. Únicamente cabía ahora tratar de provechar los ya irremediables hechos para sacar de ellos el mayor beneficio posible en pro de la Cristiandad: «Mas pues assí ha plazido a Dios, el cual por su infinita bondad suele de semejantes males sacar muy grandes bienes, como esperamos que también agora hará, conviene que dándole gracias por todo lo que haze y permite, procuremos cada uno por su parte de pensar y endereçar nuestras obras al remedio de los males que en todas partes la christiandad padece, en lo qual hasta la propia sangre y vida pensamos emplear»⁴⁵.

Alguna de las expresiones del mensaje debió de parecer excesivamente dura al mismo Emperador; concretamente ésta, que fue suprimida en el que envió a su cuñado el rey de Portugal y que se refería a Clemente VII, que se había

⁴¹ ALFONSO DE VALDÉS, *o. cit.*, pág. 80. En este *Diálogo de Mercurio y Carón* se recoge íntegra (págs. 76-81) la «Carta del Emperador al Rey de Inglaterra, trasladada de latín en lengua castellana».

⁴² MARCEL BATAILLON, *Erasmus y España*, traducción de Antonio Alatorre, México-Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 1.^a ed. española 1950, tomo I, pág. 426.

⁴³ MANUEL FERNÁNDEZ ALVAREZ, *Corpus documental de Carlos V*, Salamanca 1973, tomo I, pág. 124.

⁴⁴ M. BATAILLON, *o. cit.*, pág. 427.

⁴⁵ A. DE VALDÉS, *o. cit.*, págs. 77 y 80.

olvidado de lo que, «como buen Pastor, debía hazer, manteniendo la paz, y no moviendo nueva guerra a la Cristiandad»⁴⁶.

En cuanto a la gravedad de los acontecimientos, quizás alguien la había exagerado, como decía el Emperador. Pero la verdad es que incluso los españoles que habían sido testigos presenciales de los mismos hablan de ellos con un sobrecogimiento de horror, especialmente por las salvajes profanaciones de los lugares y objetos sagrados. El abad de Nájera, don Fernando Martín, Comisario general del ejército imperial y, por tanto, no sólo testigo sino también actor en aquella dolorosa jornada, escribía así al emperador el día 27 de aquel mes de mayo, y desde la misma Roma: «En el propio altar de san Pedro y por toda la iglesia murieron más de treinta hombres. Las estancias ricas del Sacro Palacio son estalas de los caballos». Y añadía temerosamente: «Es sentencia de Dios. Plega a él que no se desdêne contra los que lo hazen»⁴⁷.

Valioso es también el testimonio de un soldado andaluz, el cordobés Martín García de Cereceda, que militaba igualmente en el ejército imperial. Después de narrar, admirando su heroísmo, la muerte del duque de Borbón, dice este soldado: «Allí no se tenía respeto a Dios, ni vergüenza al mundo, robando y sacrilegiando las iglesias y los lugares sagrados»⁴⁸.

En el mismo ambiente en que se mueven en la Roma inmediatamente posterior al sacco los personajes de la *Cortigiana* del Aretino, se mueve también el enjambre humano que desfila por las páginas de la novela dialogada, que lleva el título de *La lozana andaluza*, del también andaluz Francisco Delicado: maleantes, caballeros, canónigos, embajadores, alcaides, soldados y gentileshombres, entregados todos, sin complejos sociales y sin trabas morales, al pleno goce de la vida. Justo castigo de aquel vivir sin frenos habría sido en la opinión de Francisco Delicado (que bien poco tuvo de santo) el sacco de Roma. En esta obra se alude en un primer momento a dicho sacco, en forma profética, como a un hecho de próxima realización, que afectará a culpables y a no culpables. Así en este diálogo entre la lozana Andaluza y su mancebo Rampín:

«Rampín.—Los cardenales son aquí como los mamellucos.

Lozana.—Aquéllos se hazen adorar.

Rampín.—Y éstos también.

Lozana.—Gran sobervia llevan.

Rampín.—El año de veinte y siete me lo dirán.

Lozana.—Por ellos padeceremos todos»⁴⁹.

⁴⁶ Cfr. JOSÉ SEBASTIÃO DA SILVA DIAS, *A política cultural da época de D. João III*. Universidade de Coimbra, Instituto de Estudios filosóficos, 1969, volume I, págs. 256-257.

⁴⁷ Cfr. ANTONIO RODRÍGUEZ VILLA, *Memorias para la historia del asalto y saqueo de Roma en 1527 por el ejército imperial*, Madrid, Imprenta de la Biblioteca de instrucción y recreo, 1875, pág. 124.

⁴⁸ A. RODRÍGUEZ VILLA, *o. cit.*, pág. 441. MARTÍN DE CERECEDA, *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos V*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos españoles, 1873, tomo I, págs. 439 y sigs.

⁴⁹ F. DELICADO, *Retrato de la lozana andaluza*, edición crítica de Bruno M. Damiani y Giovanni Allegra, Madrid, Ediciones Porrúa, 1975, «Mamotreto XII», pág. 122.

Y, poco más adelante, hablando de los muchos españoles que había en Roma antes del saco, pronostica la misma Lozana: «Verná tiempo que no avrá ninguno, y dirán *Roma mísera*, como dizen *España mísera*»⁵⁰. Lo que ocurrió en el año 1527 nos lo dice el autor en la carta epílogo que, procediendo con buena lógica, asegura que añadió en un segundo momento: «Esta epístola añadió el autor en año de mill e quinientos e veynte e siete, vista la destruyción de Roma, y la gran pestilencia que sucedió, dando gracias a Dios que le dexó ver el castigo que méritamente Dios permitió a un tanto pueblo».

Viene a ser dicho epílogo como el melancólico *ubi sunt?* de toda aquella despreocupada alegría y ansia de gozar del mundo romano anteriormente descrito, al contemplar los desoladores efectos de tanta destrucción durante el saqueo y, sobre todo, los de la gran peste, que fue su secuela. El tono elegiaco del mismo contrasta vivamente con el desenfadado y alegre de toda la novela: «¿Quién jamás pudo pensar, ¡o Roma, o Babilón!, que tanta confusión pusiessen en ti estos tramontanos occidentales y de Aquilón, castigadores de tu error?... Dime, ¿dónde son los galanes, las hermosas que con una chica fossa en diez días cobriste y encerraste dando fin a las favoridas? Pues una sábana enbolvió sus cuerpos pestíferos. Las que no se pudíe vivir con ellas ya son sepultas, yo las vi. ¡O Loçana!, ¿qué esperas? Mira la Garça Montesina, que la llevan sobre una escalera por no hallar, ni la ay, una tabla en toda Roma. ¿Dónde es el favor? ¿Cómo van sin lumbré, sin son y sin llanto? Mira los galanes que se atapan las narizes quando con ellas passan. ¡O, Dios!, ¿pensólo nadie jamás tan alto secreto y juyzio como nos vino este año a los habitadores que offendíamos a tu Magestad? No te offendieron las paredes, y por esso quedaron enhiestas, y lo que no hizieron los soldados heziste Tú, Señor, pues enbiaste después del saco y de la rruyna pestilencia ynaudita con carbones péssimos y sevíssimos, hambre a los rricos, hechos pobres mendigos... ¡O, cuánta pena mereció tu libertad, y el no templarte, Roma, moderando tu ingratitud a tantos benefiços rreçebidos. Pues eres cabeça de santidad y llave del cielo, y colegio de doctrina, y cámara de sacerdotes y patria común, ¿quién vido la cabeça hecha pies y los pies delante? ¡Sabroso principio para tan amargo fin! ¡O, vosotros que vernés tras los catigados, mirá este rretrato de Roma, y nadie o ninguno sea causa que se haga otro! Mira bien éste y su fin, que es el castigo del cielo y de la tierra, pues los elementos nos an sido contrarios...»⁵¹.

Vemos, pues, cómo también para Francisco Delicado, pecador en Roma, el saco había sido justo castigo del cielo por su mucha corrupción. Y subraya que no era él el primero que la increpaba por sus vicios: «Por cierto no fui yo el primero que dixo: *Ve tibi, civitas meretrix!*»⁵². Desde luego, por lo que se refería a Roma, no había sido él el primero en increparla de esa manera. Basta recordar, por ejemplo, los términos durísimos con que ya la había apostrofado Francesco Petrarca en el bien conocido soneto que comienza:

⁵⁰ F. DELICADO, *o. cit.*, pág. 126.

⁵¹ F. DELICADO, *o. cit.*, págs. 427-429.

⁵² F. DELICADO, *o. cit.*, págs. 429-430.

Fontana di dolore, albergo d'ira,
 Scola d'errori e templo d'eresia
 Già Roma, or Babilonia falsa e ria,
 Per cui tanto si piange e si sospira⁵³.

Como si le obsesionara esta idea de los vicios de Roma (que bien conocía él por haber participado abundantemente en ellos), Francisco Delicado añade, como conclusión de su obra, una *Digresión*, en la que vuelve a insistir en sus consideraciones acerca del saco como providencial cauterio de sus males morales: «Pienso que muchas y muchas tragedias se dirán de la entrada y salida de los soldados en Roma, donde estuvieron diez meses a discreción y aun sin ella, que como dizen: *amicus Socrates, amicus Plato, magis amica veritas*. Digo sin ella porque eran inobedientes a sus nobilísimos capitanes, y crueles a sus naciones y a sus compatriotas. ¡O, gran juyzio de Dios!, venir un tanto ejército *sub nube* y sin temor de las maldiciones generales sacerdotales, porque Dios les hazía lumbre la noche y sombra el día para castigar los abitadores romanos, y por provar sus siervos, los quales somos mucho contentísimos de su castigo, corrigiendo nuestro malo y vicioso bivar, que si el Señor no nos amara no nos castigara por nuestro bien. Mas ¡guay por quien viene el escándalo! Por tanto me aviso que he visto morir muchas buenas personas y he visto atormentar muchos siervos de Dios como a su Santa Magestad le plugo». Y, aludiendo a las represalias contra los españoles, una vez que el ejército imperial hubo desalojado la ciudad, continúa: «Salimos de Roma a diez días de febrero por no sperar las crueldades vindicativas de naturales»⁵⁴.

No menos sentenciosa y más práctica se muestra la lozana Andaluza que, dado lo menguado que había quedado su oficio después del saco, escribe una «Epístola» a sus hermanas de profesión, desaconsejándoles que vayan a aquella ciudad, pues no encontrarían clientes: «...sucedió en Roma que entraron y nos castigaron y atormentaron y saquearon catorze mill teutónicos bárbaros, siete mill españoles sin armas, sin çapatos, con hambre y sed, ytalianos mill

⁵³ F. PETRARCA, *Le rime*, a cura di Giosuè Carducci e Severino Ferrari, nuova presentazione di Gianfranco Contini, Firenze, Sansoni, 1957, págs. 221-222. El soneto completo es como sigue:

Fontana di dolore, albergo d'ira
 Scola d'errori e templo d'eresia
 Già Roma, or Babilonia falsa e ria,
 Per cui tanto si piange e si sospira.
 O fucina d'inganni, o pregion dira
 Ove 'l ben more e 'l mal si nutre e cria.
 Di vivi inferno: un gran miracol fia,
 Se Cristo teco al fine non s'adira.
 Fondata in casta et umil povertate,
 Contra tuoi fondatori alzi le corna.
 Putta sfacciata: e dov'hai posto spene?
 Ne gli adulteri tuoi, ne le mal nate
 Ricchezze tante? Or Costantin non torna,
 Ma tolga il mondo tristo che 'l sostiene.

⁵⁴ F. DELICADO, *o. cit.*, págs. 441-442.

y quinientos, napolitanos rreamistas dos mill... A todo se ha puesto entredicho, porque entraron lunes a días seys de mayo de mill y quinientos y veynte y siete, que fue el oscuro día y la tenebrosa noche para quien se halló dentro, de qualquier nación o condición que fuese, por el poco rrespecto que a ninguno tuvieron, máxime a los perlados, sacerdotes, rreligiosos, rreligiosas, que tanta diferencia hazían de los sobredichos, como haría yo de vosotras, mis ermanas. Prophanaron sin duda quanto pudiera prophanar el gran Sofí si se hallara presente. Digo que n'os maravillés, porque murió su capitán, por voluntad de Dios, de un tiro rromano, de donde sucedió nuestro daño entrando sin pastor, donde la voluntad del Señor y la suya se conformó en tal modo que no os cale venir, porque no ay para qué ni a qué»⁵⁵.

Andaluz era también (y de Córdoba, como Francisco Delicado) el gran humanista Juan Ginés de Sepúlveda. También se encontraba en Italia por aquellos años y pudo, por tanto, enjuiciar con visión cercana y objetiva, dada la rectitud de su carácter, aquellos acontecimientos. No participaba de los entusiasmos erasmistas de Alfonso de Valdés, antes bien, había escrito contra Erasmo una *Antapología*, que mereció los reproches de aquél⁵⁶. Pero, aunque no se sintió obligado como Valdés a justificar con ninguna clase de pretextos los desmanes del ejército imperial en Roma, aduce como atenuante de sus culpas el arrepentimiento final de muchos de aquellos soldados españoles que, próximos a la muerte, demostraban su sincero arrepentimiento procurando, en la medida de lo posible, restituir cuanto habían robado durante el saco. En sus diálogos titulados *Democrates sive de iusti belli causis*, publicados en 1552, y que merecieron ser traducidos por don Marcelino Menéndez Pelayo, pone Sepúlveda en boca de Demócrates, portavoz de sus propias convicciones, estas palabras, referentes a dicho acontecimiento: «Pues siendo rara la piedad en quienes hacen la guerra..., después del saco de Roma, en aquella gran peste que poco después cayó sobre el ejército imperial, compuesto de diversas gentes, observé que la mayor parte de los soldados españoles, cuando caían enfermos, movidos por la religión, ordenaban restituir a sus dueños el botín que les habían arrebatado con demasiada codicia (para que no parezca que los libero de todo crimen), lo que, de las demás naciones, algún que otro soldado también hizo. Pero yo, que en todo aquel tiempo estuve con el ejército y observé mucho con toda diligencia, jamás vi ni oí que otro alguno tuviese tal respeto a la religión cristiana»⁵⁷.

De las polémicas que se suscitaron con motivo del saco de Roma, y en las que se debatían las responsabilidades nada menos que del Papa por una parte, y del Emperador por otra, la que supera a todas en interés, y también probablemente en virulencia, fue la que tuvo por protagonistas a Baldesar Castiglio

⁵⁵ F. DELICADO, *o. cit.*, págs. 437-439.

⁵⁶ M. MENÉNDEZ Y PELAYO, *o. cit.*, pág. 109.

⁵⁷ J. G. DE SEPÚLVEDA, «*Demócrates primero*» o «*Diálogo sobre la compatibilidad entre la milicia y la religión cristiana*», Libro Primero (en ANGEL LOSADA, *Tratados políticos de Juan Ginés de Sepúlveda*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1963, págs. 142-143).

ne, Nuncio de su Santidad ante Carlos V, y a Alfonso de Valdés, secretario del Emperador. Ambos parece que gozaban de la confianza de Carlos V; y parece también que, en un primer momento, las relaciones entre ambos fueror cordiales. Pero el saco de Roma y sus inmediatos antecedentes colocaron a ambos ilustres humanistas en campos contrarios, fieles como eran los dos a sus respectivos señores. Se habían comenzado a hacer tensas sus relaciones en ocasión de un duro Breve que el Papa había dirigido al Emperador y que Castiglione hubo de entregar a éste el 23 de junio de 1526 (es decir, un año antes del saco), con tanta diligencia como mala fortuna, pues mucho hubiera preferido no haberlo entregado cuando poco después llegó un segundo Breve, redactado en términos más conciliadores y que debía ser entregado en lugar del primero. Carlos V, haciendo caso omiso de este segundo Breve, decidió responder al primero en términos no menos duros que los que éste contenía. Valdés fue el encargado de redactar aquella respuesta que, para su envió al Papa, fue entregada solemnemente a Castiglione el 18 de septiembre de 1526. Aquel gesto disgustó profundamente a Castiglione, que se había hecho ilusiones de que el segundo Breve habría calmado al Emperador ⁵⁸.

Llovía, pues, sobre mojado cuando, a raíz de lo ocurrido en Roma, comenzó a circular entre los amigos de Valdés un diálogo que éste acababa de escribir, no sólo defendiendo al Emperador contra cualquier acusación por lo que acababa de suceder en Roma, sino cargando sobre el Papa la responsabilidad de dichos sucesos. El diálogo, probablemente, no estaba, en un principio, destinado a la publicación ⁵⁹; y, de hecho, parece que su autor no lo publicó hasta finales de 1529, junto con su otro diálogo, igualmente polémico, el de *Mercurio y Carón* ⁶⁰. Pero alguien en la corte (probablemente Juan Alemán, que era un solapado enemigo de Valdés) fue con la noticia a Castiglione. Este, que ya había tenido ocasión anteriormente de dolerse ante el Emperador por la respuesta dada al Breve pontificio (respuesta que él atribuía, no al mal ánimo del Emperador, sino a los consejos de sus colaboradores, entre los que naturalmente estaría Valdés, que la había redactado) ⁶¹, se presentó de nuevo ante Carlos V para protestar, en su calidad de Nuncio en España, contra una obra que, además de difamar al Papa con las antedichas acusaciones, contenía afirmaciones que iban «contra la religión cristiana y contra las determinaciones de los Concilios aprobados por la Iglesia», y que incluso afirmaba «ser bien hecho quitar y romper las imágenes de los templos, y echar por el suelo las reliquias». Apenas tuvo noticia Valdés de estas acusaciones, escribió al Nuncio una enérgica pero respetuosa carta de la que he entresacado las acusaciones entrecomilladas, doliéndose de que, sin haber leído el libro y sólo por las referencias verbales

⁵⁸ I. CASTOR, *o. cit.*, págs. 284-287.

⁵⁹ A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, introducción, edición y notas de José F. Montesinos, Madrid, Espasa-Calpe, «Clásicos Castellanos», 1956, pág. XL.

⁶⁰ A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. XLIII.

⁶¹ B. CASTIGLIONE, *Lettere cit.* (Lettera X: «All'Arcivescovo di Capua»), págs. 633-635.

que de él tenía, lo hubiera acusado de hereje. Terminaba la carta declarándose una vez más su servidor y manifestándole respetuosamente lo mucho que sentiría haber perdido su estima ⁶².

Castiglione que, como dice Menéndez Pelayo ⁶³, «aunque esta carta parece llana y humilde, algo de disimulación y cautela hubo de ver en ella», procuró primero leer el libro para poder hablar con pleno conocimiento de causa. Y, una vez que lo hubo leído detenidamente y se hubo percatado no sólo del contenido sino también del tono sarcástico del mismo, escribió una larga carta de respuesta a la que le había enviado Valdés. Era una respuesta airada e implacable. En un *crecendo* de improperios, que va desde la ruptura de toda relación amistosa («ancora ch'io non intenda di tener amicizia mai con quelli che non son buoni») y la indiferencia o el desprecio ante las quejas de Valdés («Se voi adunque per questo vi dolete di me, non me ne curo molto») ⁶⁴, hasta los más refinados insultos y la impiadosa irrisión de los defectos físicos de su adversario, llega a hacerle, como advertencia, este tremendo augurio: «Preparatevi pure, perché la giustizia divina non lascia impuniti così abominabili peccati; e crediate che questi vostri mal'èfici occhi vi hanno da essere cavati dalla testa dai corvi prima che veggano quel tanto male che voi desiderate, e la nefanda lingua, che adoperate per instrumento di accendere fuoco nel mondo, prima sarà lacerata dai cani, che mai possa indurre l'Imperatore a far cosa che non sia servizio di Dio». Y aún añade este otro, no menos estremecedor y más fácilmente realizable (si efectivamente hubiera sido Valdés un hereje) de que acabe sus días con el sambenito de los condenados por la Inquisición: «penso che sia pronostico che un san Benito abbia da venire a voi e che con quello abbiate da finire la vita» ⁶⁵. Verdaderamente, en este caso, el maestro de la cortesanía, como venía a llamarlo Ariosto ⁶⁶, perdió el sentido de los buenos modales y de la verdadera elegancia espiritual. La finura y la gracia del cortesano han desaparecido ahora en él ante la violencia de la ira. El mismo Menéndez Pelayo, que tanto admiraba al autor de *Il Cortegiano*, no puede menos de reconocer: «Es tan virulento y destemplado el tono de esta *Risposta*, y de tal modo contrasta no sólo con la lata urbanidad y amena índole de Castiglione, sino con la excesiva libertad, o más bien licencia, con que trató de cosas y personas eclesiásticas en varios pasajes de *Il Cortegiano*, mandados expurgar después de su muerte por la Congregación Romana del Índice, que no

⁶² La carta fue publicada por el abate PIER ANTONIO SERASSI: *Delle lettere del Conte Baldessarre Castiglione, ora per la prima volta date in luce e con annotazioni istoriche, illustrate dall'abate P. A. Serassi*, vol. II, Padova, 1771, págs. 171-174. La transcribe parcialmente M. MENÉNDEZ PELAYO, en *Historia de los heterodoxos españoles*, cit., págs. 122-123. Bruno Maier da la versión íntegra en italiano, hecha por el referido P. A. Serassi, en B. CASTIGLIONE, *Il libro del Cortegiano*, cit., págs. 647-651.

⁶³ M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, cit., pág. 124.

⁶⁴ B. CASTIGLIONE, *Lettere*, cit., págs. 653 y 654.

⁶⁵ B. CASTIGLIONE, *Lettere*, cit., págs. 695 y 698-699.

⁶⁶ L. ARIOSTO (*Orlando furioso*, Canto XXXVII, 8, vv. 3-4), escribe, refiriéndose a Castiglione: «C'è il Bembo, c'è il Capel, c'è chi, qual lui, vediamo, ha tali i cortigiam formati».

podemos menos de sentir debajo de sus ásperas palabras la honda agitación de su ánimo perturbado, no sólo por lo espantoso de la catástrofe, sino por el temor de haber perdido la confianza de Clemente VII, que le hacía cargos por no haberse enterado a tiempo de los proyectos de Carlos V y de la marcha de sus tropas sobre Roma»⁶⁷. Lo cierto es que, aunque Clemente VII dio por buenas en un segundo momento las explicaciones que su Nuncio en España le presentó, justificando su propio comportamiento, Castiglione se daba cuenta perfectamente de que, en aquellos días cruciales y delicadísimos que habían precedido y seguido al saco de Roma, su legación ante el Emperador había resultado, como escribe el mismo Menéndez Pelayo, «un inmenso fracaso»⁶⁸. Y a ese fracaso había contribuido, y continuaba contribuyendo, con sus escritos, el secretario del Emperador, es decir, Alfonso de Valdés. El que éste ahora viniera a tacharlo de ligero por haberse propasado a acusarlo ante el Emperador, sin pruebas objetivas para esa acusación, no podía menos de irritarlo. Ahora, después de haber leído atentamente el libro, sí que tenía las pruebas. Pero, para mantener su acusación en base a esas pruebas, tiene que tergiversar las palabras de Valdés, sacando conclusiones que no estaban en la mente del autor y atribuyéndole afirmaciones que no había hecho: «perché la materia principale del vostro libro è di dir male del Papa, come ognuno vede, e voi stesso confessate..., biasimate il culto divino e le cerimonie e riti cristiani, e calonniate tutti quelli che onorano le croci e le statue di Cristo e di nostra Signora e le reliquie de' Santi; e per iscusar coloro che hanno ruinato Roma, la Chiesa e il Papa, laudate gli incendi, le ruine, i tormenti, i sacrilegi, le morti e tutte le immanità ed impietà che si possono imaginare».

En realidad, Valdés no condenaba el culto divino y no condenaba siquiera el culto de las reliquias de los Santos, sino «los engaños que se hazen con estas reliquias por sacar dinero a los simples»⁶⁹. Y que esos engaños no fueran una novedad ni en Roma ni en otras partes del mundo cristiano, lo demuestra bien, por ejemplo, la novela 10.^a (la de «frate Cipolla») de la jornada VI.^a del *Decamerón*. Ciertamente es que el erasmista Valdés recarga quizás excesivamente el anecdotario para ridiculizar el culto a las falsas reliquias⁷⁰ con «insulsos chascarrillos», como le censura Menéndez Pelayo⁷¹; pero se guarda muy bien de condenar de manera absoluta la veneración de las reliquias auténticas de los Santos. Cuando el arcediano pregunta a Lactancio (portavoz de las ideas de Valdés) «¿no querríades vos que se hiciesse honra a las reliquias de los sanctos?», Lactancio responde: «Sí, querría, por cierto; mas esta veneración querría que fuesse con discreción y que se hiziese a aquellas que se toviessen por

⁶⁷ M. MENÉNDEZ PELAYO, «Estudio preliminar» a B. CASTIGLIONE, *El cortesano*, traducción de Juan Boscán, C.S.I.S., «Revista de Filología española», Anejo XXV, Madrid, 1942, págs. XVIII-XIX.

⁶⁸ M. MENÉNDEZ PELAYO, «Estudio preliminar» a B. CASTIGLIONE, *El Cortesano*, cit., pág. XII.

⁶⁹ A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. 121.

⁷⁰ A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, págs. 121-125.

⁷¹ M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, cit., pág. 120.

muy averiguadas, como por la Iglesia está ordenado»⁷². Aunque Valdés preferiría que el dinero que se gasta en los preciosos relicarios que las custodian se empleara en socorrer a los necesitados, como los mismos santos habrían deseado seguramente: «Antes tengo por cierto que se holgarían que les quitassen aquel oro y plata para socorrer gente necesitada, que muchas veces se pierde por no tener que comer»⁷³.

Afirmaba Valdés en este diálogo que la finalidad del mismo era doble: primero, demostrar la no culpabilidad del Emperador; y, segundo, probar que todo lo ocurrido en Roma había sido dispuesto por Dios para castigar los pecados de la ciudad y, sobre todo, para estimular mediante ese castigo la enmienda de dichos pecados⁷⁴.

Castiglione está de acuerdo en que la culpa de lo ocurrido no debía achacarse a Carlos V. Debía achacarse a sus malos consejeros y a los que, contra lo que él hubiera deseado, realizaron aquel saco. En cuanto a lo segundo, le parece pueril y vana la argumentación de Valdés: «Certo è che niuna cosa si farebbe, se Dio non permettesse ch'ella si facesse di permissione divina. Ma più vera e più cristiana sentenza sarebbe a dire che Dio ha permesso una così grave ed aspera persecuzione contra la Chiesa sua acciò che il Papa, i cardinali, i prelati e tutti quelli che hanno patito con pazienza meritino premio nel cielo, che il dire che è stato castigo dei loro vizi»⁷⁵.

En realidad, Valdés había considerado en el saco de Roma un doble sentido de purificación: para los pecadores, castigo, cumplido en este mundo, por sus pecados; para los inocentes, motivo de merecimientos para la otra vida por medio del dolor en la vida terrena: «Los malos —dice— recibieron la pena de sus maldades, y los buenos, trabajos en este mundo para alcanzar más gloria en el otro»⁷⁶.

En cuanto a lo de los pecados de Roma, era ya lugar común en aquellos tiempos. El mismo Machiavelli (que no se distinguía por sus escrúpulos morales), refiriéndose precisamente a la Roma de poco antes del saco, escribía que no podía hablarse correctamente una lengua recomendable a todos los italianos en una ciudad de costumbres tan corrompidas como era aquélla. Dirigiéndose a Dante, que, como se sabe, proponía como habla ideal para todos los italianos la lengua *curial*, es decir, la hablaba por los hombres de la corte del Papa, etc., le dice: «Ma se tu parli della corte di Roma, tu parli di un luogo dove si parla di tanti modi di quante nazioni vi sono, né se li può dare in modo alcuno regola. Di poi io mi maraviglio di te, che voglia, dove non si fa cosa alcuna laudabile o buona, che vi si faccia questa; perché, dove sono i

⁷² A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, págs. 123-129.

⁷³ A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. 130.

⁷⁴ A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. 14.

⁷⁵ B. CASTIGLIONE, *Lettere*, «Risposta al Valdés», cit., págs. 672-673.

⁷⁶ A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. 88.

costumi perversi conviene che il parlare sia perverso e abbia in sé quello effeminato lascivo che hanno coloro che lo parlonno»⁷⁷.

Se dice que, ya antes del saco y como presagio del mismo, habían ocurrido en Roma «algunos acaecimientos extraordinarios, en los que se pretendía ver milagrosas señales»; y que «en todas estas cosas se miraba un aviso de que la ira del cielo iba a castigar a la ciudad pecadora». Entre los mayores pecadores, según un fanático predicador conocido con el nombre de Brandano, estaba el mismo Papa Clemente VII, contra quien dicho Brandano, encaramándose en el alto pedestal de la estatua de san Pablo que estaba ante la iglesia de san Pedro, increpaba con inaudita violencia, profetizándole siniestramente: «¡Bastardo sodomítico! Por tus pecados será Roma destruida. ¡Confíesate y conviértete!»⁷⁸.

En la obra de Valdés se van señalando los más frecuentes de esos pecados (sobre todo en los eclesiásticos) y se va subrayando cómo, en virtud de una providencial ley del talión o, mejor, en virtud de esa medieval ley del «contrapasso», de que habla Dante⁷⁹, cada uno de esos pecados tuvo en el saco de Roma su correspondiente castigo.

Aun sin llegar a pensar, como hace Menéndez Pelayo, que Valdés, al relatar aquellos hechos, experimentara «recóndita y malévola fruición», y aun estimando exagerado lo de «la sangre fría con que en esta obra inicua se canoniza, o poco menos, el robo y el sacrilegio»⁸⁰, es un hecho cierto que el mismo Valdés estaba «temeroso de haber ido más allá de lo justo», según confesaba a su amigo Erasmo, y que, a pesar de contar con la aprobación de varios autorizados amigos, durante algún tiempo él mismo se resistió a autorizar la publicación de este *Diálogo*⁸¹ que, como ya he dicho, parece que no salió a la luz hasta finales del año 1529, es decir, hasta después de la muerte de Castiglione. En la publicación se suprimieron algunas anécdotas irreverentes contra el Pontífice como, por ejemplo, una parodia en verso del *Padre nuestro*, que los soldados españoles cantaban al pie de las ventanas de Clemente VII y que comenzaba así:

*Padre nuestro, en quanto Papa,
sois Clemente, sin que os cuadre,
mas reniego yo del padre
que al hijo quita la capa*⁸².

⁷⁷ N. MACHIAVELLI, *Dialogo intorno alla nostra lingua*, en *Opere*, a cura di Ezio Raimondi, Milano, Mursia, 1966, pág. 876.

⁷⁸ L. PASTOR, *o. cit.*, págs. 306-307.

⁷⁹ DANTE, *Inferno*, XXVIII, v. 142: «Così s'osserva in me lo contrapasso».

⁸⁰ M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos*, págs. 115 y 120.

⁸¹ M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos*, pág. 114.

⁸² Fue publicada por L. GONZÁLEZ AGEJAS, *Un padre nuestro desconocido*, en «Revista de Archivos», IV, 1900, págs. 644 y sigs.; y antes lo había sido por TEZZA, *Il sacco di Roma (versi spagnuoli)*, en «Archivio della R. Società Romana di Storia Patria», X, 1887, págs. 225 y sigs. Cfr. A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, págs. 156-157, nota 21.

A Castiglione, además del contenido de la obra, le irritaba profundamente el tono unas veces hiperbólico, otras veces minimizador y, otras, irreverentemente festivo, con que Valdés refería los penosos sucesos del saco: «In questa bella declamazione —le dice con sarcástica ironía— mostrate l'ingegno e l'eloquenza vostra ed usate molti colori retorici, amplificando, esagerando ed estenuando secondo che vi pare convenire. E tra le altre cose ho notato che in alcuni luoghi molto vi dilettrate di essere faceto e di dire grazie e piacevolezze acutamente»⁸³.

En realidad, lo de amplificar, exagerar y atenuar y, por tanto, deformar las cosas, era precisamente el mismo método que él estaba empleando en su *Risposta* a Valdés. Y, en cuanto a las más o menos agudas, pero ciertamente irreverentes, «grazie e piacevolezze» que censura a Valdés, vemos que él, por su parte, no había tenido mucho reparo en emplearlas en su *Cortegiano* que, aunque todavía no hubiera salido a la luz, estaba ya enteramente redactado y a punto de publicarse. En él había consideraciones muy poco respetuosas para con algunos Pontífices y, entre ellos, el español Alejandro VI, cuya nomenclatura romana —una *V* y una *I*— interpretaba el gracioso de turno como el ablativo latino *VI*, «che vuol significare che è stato papa per la forza che egli ha usata e più di quella si è valuto che della ragione». También las siglas *N.P.V.*, referidas al Papa Nicolás V, son interpretadas por el mismo chistoso como juicio negativo contra dicho Pontífice: «Nihil Papa Valet»⁸⁴.

No hubiera debido, pues, escandalizarse tanto Castiglione por las irreverencias de Valdés; pero ya se sabe lo difícil que es ver la viga en los propios ojos cuando uno está mirando la paja en el ojo ajeno. Añadía, además, Castiglione en su *Risposta* el más feroz e implacable ensañamiento frente a su adversario. Veamos algunas muestras de la secuela de insultos que le prodiga. Después de haberlo calificado de inicuo y de embustero en sus afirmaciones sobre Clemente VII («perché con molta iniquità cercate di biasimarlo falsamente»). Cfr. *Risposta* cit., pág. 654), le echa en cara «la molta malizia vostra e poca prudenza congiunta con tanta confusione con non che altri, ma forse voi stesso non sapete ciò che abbiate voluto dire; se non che, trasportato da una certa malignità, avete voluto gettar fuori quel veleno di maledicenza che avevate chiuso nell'anima... E perché la materia principale del vostro libro è dir male del Papa...» (*Risposta*, pág. 654). Todo ello a pesar del buen cuidado que Valdés había tenido en su carta de subrayarle la distinción clara que hacía él entre la sagrada dignidad del Papa y la persona que en un determinado momento histórico pudiera encarnarla: «de la dignidad del cual habla con tanta religión y acatamiento como cualquier bueno y fiel cristiano es obligado a hablar»⁸⁵. Y prosigue Castiglione en sus gratuitas acusaciones: «Biasimate il culto divino e le cerimonie e riti cristiani, e calonniate tutti quelli

⁸³ B. CASTIGLIONE, *Lettere*, «Risposta al Valdés», cit., pág. 669.

⁸⁴ B. CASTIGLIONE, *Il libro del Cortegiano*, a cura di Giulio Preti, Libro II, 48, Torino, Einaudi, 1960, pág. 180.

⁸⁵ Cf. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos*, pág. 123.

che onorano le croci e le statue di Cristo e di nostra Signora e le reliquie de' Santi; e per iscusar coloro che hanno ruinato Roma, la Chiesa e il Papa, laudate gli incendi, le ruine, i tormenti, i sacrilegi, le morti e tutte le immanità e impietà che si possano imaginare» (*Risposta*, pág. 655)... «chi non vi conosce non potrebbe pensare che si trovasse persona al mondo, che così senza vergogna osasse mentire almeno in cose tanto pubbliche, come fate voi. Al restante del dialogo non mi affaticherò di rispondere, perché le contradizioni e bugie tanto fuori della verisimilitudine e la impietà e malignità che si veggono nel progresso del libro rispondono per se stesse» (*Risposta*, pág. 657); «E perché, come ho detto e voi confesate, la materia del vostro libro è il calonniare il Papa...» (*Risposta*, 658). En este caso, quien falsea las cosas es Castiglione, pues Valdés en ningún punto de su diálogo hace tan absurda y peligrosa confesión. Lo que aparece claro es que Castiglione, en esta *Risposta*, se empeña en extremar las palabras de Valdés con el objeto de desacreditarlo, especialmente ante el Emperador. Para ello no se detiene ante las más comprometedoras insinuaciones: «...ma questo non viene a proposito, né toglie che nei discorsi vostri non si comprenda una mala volontà degna di sospizione più che verissimile che non siate buon cristiano» (*Risposta*, 661). Poco más adelante insinúa sarcásticamente cuál es el fundamento de sus sospechas de que Valdés no sea buen cristiano, es decir, el pretendido origen judío del mismo: «Ma perché penso che abbiate più a memoria le cose ebreë che non le romane...» (*Risposta*, 665); origen judío al que parece que vuelve a aludir aún más cruelmente con estas palabras, realmente sorprendentes en un maestro de cortesanía y más aún en un representante del Vicario de Cristo: «e meravigliomi che abbiate mai creduto ch'io debba fare più conto dell'onor vostro (il quale voi avete perduto prima che nascesto) che di quello del Papa» (*Risposta*, 684-685). Rechazaba así, despiadadamente, la queja de Valdés, que le había escrito: «Porque en esto, como en cualquier otra, siento mi conciencia muy limpia, no he querido dexar de quejarme de V. S. de tratar una cosa como ésta en tanto prejuicio de mi honra»⁸⁶. Y no solamente de judío lo acusa, sino también de luterano: «Ed io per me non so con qual altro testimonio ci possiate dimostrare più chiaramente di esser luterano che con questo» (*Risposta*, 674). Perdida ya toda serenidad, y después de haberlo llamado varias veces perverso y mentiroso, llega a escribirle estas incontroladas palabras: «E se pur nascesto in così mal punto e foste formato dalla natura di così perversa condizione, che non possiate restare di dire male e bugie per ubbidire all'istinto vostro, dichiarando la malignità che avete nel cuore, la quale però ancora senza parlare vi si vede dipinta nella palidezza di quel volto pestilente ed in quegli occhi velenosi e risi sforzati, che par sempre spirino tradimenti, dovevate pigliare soggetto meno importante...» (*Risposta*, 685-686). La secuencia de insultos culmina, aunque no se acaba, en esta invectiva: «...mi pare troppo insopportabile cosa che un così vil verme, come siete voi, abbia tanto veleno che presu-

⁸⁶ M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos*, pág. 123.

ma di fare vane tutte le fatiche di coloro che studiano di mettere pace nella cristianità» (*Risposta*, 686). Los pronósticos que, con motivo de tantas maldades, le hace, ya los hemos visto anteriormente. No es extraño, pues, que Valdés guardara de por vida un rencor incancelable hacia tan sañudo adversario. Y cuando éste, de forma casi repentina, murió en Toledo, en 1529, Valdés no solamente se alegró de ello sino que interpretó aquella muerte como un justo castigo del cielo contra quien tan apasionadamente había hablado mal de él y de su *Diálogo*: «Vides quam aequissimus fuerit optimus Deus mei dialogi vindex, qui... Nuntium pontificis repentina morte rapuit... Haec sunt Dei judicia, sic solent poenas dare qui peccantes in Spiritum sanctum contradicunt veritati». Así escribía desde la misma Toledo a su amigo Dantisco en febrero de 1529, es decir, poco después de ocurrida aquella muerte⁸⁷. Tampoco el secretario del Emperador hizo gala en este caso de su condición de hombre «medurado y suave» que se le atribuye⁸⁸.

El resultado último de todos aquellos clamorosos sucesos es bien conocido: Carlos V y Clemente VII hicieron las paces y, pocos años después, éste impuso a aquél con gran solemnidad la corona imperial en Bolonia. Castiglione, antes de su muerte, había logrado recobrar la confianza de Clemente VII, que lo nombró obispo de Avila, y conservó siempre la estima de Carlos V, que se dice le dedicó este elogio póstumo: «yo vos digo que es muerto uno de los mejores caballeros del mundo». Valdés, por su parte, no sólo conservó siempre íntegra la confianza del Emperador, contra los malos augurios de Castiglione, sino que obtuvo también el perdón del Papa, el cual, haciendo caso omiso de las insinuaciones de su Nuncio en España, reconoció que el secretario del Emperador era un buen cristiano y hasta le concedió el privilegio de poder «tener un altar portátil con la debida reverencia y honra»⁸⁹. No lo disfrutó muchos años Valdés porque también él murió de peste, en Viena, el 3 de octubre de 1532⁹⁰.

Menos conocida que la polémica entre Valdés y Castiglione, pero también altamente interesante, es la reacción de don Gonzalo Jiménez de Quesada, el fundador de Santa Fe de Bogotá en las Américas, contra las *Historiae sui temporis* de Paolo Giovio, obispo de Nocera. Giovio (o Jovio, como escribían los españoles) se halló en Roma, según hemos dicho, al lado de Clemente VII durante los días del saco y, por tanto, su testimonio al relatar aquellos sucesos podía tener valor fundamental. Pero sus mismos contemporáneos y sus mismos compatriotas pusieron ya en tela de juicio su imparcialidad y su seriedad como historiador. Esto aparece claro en el *Sopplimento di Girolamo Ruscelli nell'istorie di Monsignor Paolo Giovio*⁹¹. El obispo de Nocera había publicado

⁸⁷ Cfr. M. BATAILLON, *o. cit.*, tomo I, pág. 501, nota 14.

⁸⁸ Cf. A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. LXVII.

⁸⁹ Cfr. A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. XLV.

⁹⁰ Cfr. A. DE VALDÉS, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, pág. LI.

⁹¹ G. RUSCELLI, Apéndice a «Delle istorie del suo tempo di mons. Paolo Giovio tradotte da M. Lodovico Domenichi», Prima parte, in Vinegia, presso Altobello Salicari,

en latín (Florenca, 1550-52) los cuarenta y cinco libros *Historiarum sui temporis*, que abarcaban del año 1494 al 1547. El saco de Roma aparece descrito en el libro XXIV, uno de los que las ediciones suelen presentar en forma compendiada. La lectura de esta obra había herido hondamente el sentimiento patriótico de Jiménez de Quesada. Pero, a pesar de las diversas ediciones que se hacían de la misma en diversas ciudades de Europa, Jiménez de Quesada no se decidió a salir a la palestra en defensa del honor de su patria hasta que vio que aquellas historias, desbordando los círculos meramente eruditos, iban a pasar al gran público gracias a las traducciones que de ellas habían comenzado a hacerse: primero al italiano, por obra de Lodovico Domenichi (supervisada por el mismo Giovio), y luego también al español⁹². Fue entonces cuando, para señalar y desmontar una a una todas las deformaciones históricas del obispo de Nocera, se decidió a escribir su *Antijovio*⁹³. La obra, aunque no haya sido editada hasta fecha reciente, parece que fue escrita hacia el año 1569, cuando Jiménez de Quesada era Mariscal del Nuevo Reino de Granada, al que pertenecían los territorios de la actual República de Colombia⁹⁴. El capítulo undécimo está dedicado al saco de Roma. Sigue a Valdés en la defensa de la actitud de Carlos V frente a Clemente VII y, después de desmentir a Giovio, que, para minimizar el valor de los asaltantes, habla falsamente de la escasez de defensores en la Ciudad eterna, acaba por reconocer que, efectivamente, se cometieron muchos atropellos y muchas muertes, aunque «no fueron con mucha parte tantas como dize» Jovio. Y, puesto que las culpas no fueron de un solo bando, hace el buen Mariscal esta invocación: «Dios perdone a los que tuvieron la culpa y a los que dieron la causa d'ella»⁹⁵.

Por lo que atañe a referencias exclusivamente literarias, el saco de Roma ha tenido notable eco también en la literatura en lengua española. Lope de Rueda (1500-1565), a quien tanto admiraba Cervantes, tomaba el saco de Roma, al igual que había hecho Giraldo Cinzio, como punto de arranque para su *Comedia llamada de los engañados*, muy inspirada en modelos italianos⁹⁶ y que Juan de Timoneda publicó en Valencia en 1567⁹⁷. Pero Lope de Rueda ni relata ni enjuicia en ningún momento los acontecimientos del saco, y se limita

1572. Por cierto que G. Ruscelli, en su personal relato de los horrores del saco de Roma, viene a emplear las mismas expresiones de trágica grandilocuencia que emplean tanto G. Giovio como G. B. Giraldo Cinzio.

⁹² P. GIOVIO, *Historia general de todas las cosas sucedidas [sic] en el mundo en estos cinquenta años de nuestro tiempo*, en Granada, en casa de Antonio de Librixa, 1566.

⁹³ G. JIMÉNEZ DE QUESADA, *El antijovio*, edición dirigida por Rafael Torres Quintero. Estudio preliminar por Manuel Ballesteros Gaibrois, Bogotá, Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1952.

⁹⁴ G. JIMÉNEZ DE QUESADA, *o. cit.*, «Estudio preliminar», págs. LII-LIII.

⁹⁵ G. JIMÉNEZ DE QUESADA, *o. cit.*, pág. 144.

⁹⁶ OTHÓN ARRÓNIZ, *La influencia italiana en el nacimiento de la comedia española*, Madrid, Gredos, 1969, págs. 73-89.

⁹⁷ LOPE DE RUEDA, *Obras*, edición de la Real Academia, tomo I, con «Prólogo» de Emilio Cotarelo, Madrid, 1908, págs. XLIII.

a aclarar a su auditorio, en su introductivo «Argumento del autor», que «oirán un verísimo y no menos agradable acontecimiento que once o doce años después que Roma fue saqueada aconteció a Verginio, ciudadano della. Fue, pues, el caso que habiendo este Verginio perdido gran suma de bienes y hacienda en el saco y juntamente un hijo de edad de seis años, con Lelia, su hija, nascidos los dos de un mismo parto, se vino a vivir a Módena, la cual ciudad representa este teatro»⁹⁸. Se trata, como ya puede verse, de la típica comedia de equívocos, provocados por la semejanza de los dos hermanos extraviados, al estilo de los *Menechmi* de Plauto. En este caso, el argumento está tomado (como ya ocurría también en la comedia anónima *Gli Ingannati*, representada en la «Accademia degli Intronati» de Siena) de la antedicha novela de *Paolo e Nicaula* de Bandello. Pero la deuda directa de la obra de Rueda a esa comedia anónima de *Gli ingannati* es clara, y no sólo en lo que se refiere al título mismo. En el curso de la comedia de Rueda sólo otra vez vuelve a hacerse alusión al saco de Roma en estas palabras puestas en boca de una de las protagonistas, Lelia, en la escena segunda (la comedia no aparece dividida en actos sino en escenas, y éstas son diez): «Bien tendréis en la memoria que cuando por nuestros pecados Roma fue saqueada, allí mi padre, juntamente con un hermano mío, la mayor parte de su hacienda dejó perdida»⁹⁹. Y no deja de tener su interés esa afirmación: «por nuestros pecados», que insiste una vez más en el sentido providencialmente punitivo que los escritores españoles solían dar al saco de Roma.

También Juan de la Cueva escribió, a finales de aquel mismo siglo XVI, una pieza dramática sobre el saco de Roma, obra que fue representada en Sevilla, en la huerta de doña Elvira, el año 1579. Su título completo es: *Comedia del saco de Roma y muerte de Borbón y coronación de nuestro invicto emperador Carlos V*¹⁰⁰.

A pesar del tema histórico elegido, la obra no tiene nada de dramática. De hecho, como vemos, el autor la llamó *comedia*, ateniéndose quizás (como ya lo había hecho el marqués de Santillana en su *Comedieta de Ponza* y, antes que él, su admirado e imitado Dante en la divina *Comedia*) a la definición que de ese género literario daba la retórica medieval: una obra, representable o no, que tratara un argumento cuyo final fuera feliz después de haber tenido dificultosos principios. En este caso, el final feliz, tras la lamentable muerte de Borbón y el doloroso saco de Roma, habría sido la coronación de Carlos V como emperador.

La obra, durante las cinco jornadas que la integran, se arrastra sin vigor dramático alguno, con ritmo lento y cansino, apoyado en un verso torpe y

⁹⁸ LOPE DE RUEDA, *o. cit.*, pág. 162.

⁹⁹ LOPE DE RUEDA, *o. cit.*, pág. 173.

¹⁰⁰ J. DE LA CUEVA, *Comedias y tragedias*, tomo I, págs. 55-99, Sociedad de Bibliófilos españoles 40, Madrid, 1917.

deslabazado con inútiles y hueros alardes de grandilocuencia. Juan de la Cueva, desprovisto en este caso de auténtica inspiración, y sin esa honda entrega emocional que determina siempre la validez de las verdaderas obras de arte, desaprovecha casi totalmente el rico material dramático que el asunto le ofrecía. Menos importancia tendría, desde el punto de vista artístico, la sorprendente despreocupación del autor por algunos importantes datos históricos; por ejemplo, al hacer (y no se comprende bien el porqué) que Carlos V reciba la corona imperial de manos del cardenal Salviati, y no de manos del Papa Clemente VII, como en realidad ocurrió y con lo que habría podido subrayar mejor el triunfo pleno del Emperador, es decir (para su legítimo orgullo de español) el resultado totalmente feliz de los acontecimientos y la grandiosa culminación de su comedia. Porque lo que sí se transparenta en toda esta obra es el afán de exaltar la gloria y el poder de aquél. Según el autor, a esa gloria contribuirá también el mismo saco de Roma:

Extraño a sido el riguroso estrago
 Que en Roma avemos hecho con victoria,
 Dándole el justo y merecido pago
 A su loca y altiva vanagloria.
 Lástima dava ver el roxo llago
 Que por las calles iva, cuya historia
 Roma celebrará en eterno llanto
 Y a España ensalçará en divino canto ¹⁰¹.

Se ve, por otra parte, que tiene interés en hermanar a italianos y españoles, frente a alemanes y franceses, para dejar constancia de que los primeros fueron menos despiadados en los días del saqueo:

En el asalto Romano,
 Gran sucesor de Borbón,
 Metido en la confusión
 Del ejército inhumano,
 Andábamos los de España
 Con los de Italia rebueltos,
 Hurtando, todos embueltos,
 Los de Francia y Alemania ¹⁰².

Además, según él, quienes en realidad se opusieron a los desmanes de los luteranos fueron los españoles:

¹⁰¹ J. DE LA CUEVA, *o. cit.*, Jornada segunda, pág. 75.

¹⁰² J. DE LA CUEVA, *o. cit.*, Jornada tercera, pág. 82.

Estos ni templo dexaron,
 Ni religión que no entrassen,
 Ni imagen que no quemassen,
 Ni monja que no forçaron...
 Pero la gente invencible
 De la nación española
 Fue la que no pudo sola
 Sufrir maldad tan terrible.
 Y así siempre los seguían,
 Y los hazian mil pedaços
 Y con sus valientes braços
 La christiandad defendían ¹⁰³.

Y aún más. La generosidad española fue tanta en el trato hacia las nobles romanas cautivas, que ni sus mismos padres y madres habrían podido tratarlas mejor:

Nosotras cautivas fuymos
 Destos dos fuertes soldados,
 En quien hallamos cobrados
 Los regalos que perdimos.
 Porque en el buen tratamiento
 No pudiera yo, su madre,
 Ni su poderoso padre,
 Tratarlas con más contento ¹⁰⁴.

Tan artificiosa y falsa escena hubiera hecho crispas los nervios al buen Castiglione por su descarado falseamiento de la verdad histórica. Pero, evidentemente, Juan de la Cueva no trató en este caso de hacer obra rigurosamente histórica.

También hallamos una alusión de pasada al saco de Roma en ese arsenal de referencias, que es el Quijote de Cervantes. En el capítulo XLI de la segunda parte, donde se relata el episodio de Clavileño, el hidalgo caballero hace esta recomendación a Sancho Panza que, viajero imaginario por los aires, quiere quitarse la venda de los ojos para ver a qué punto del espacio han llegado ya: «No hagas tal —respondió don Quijote— y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos en volandas por los aires, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vio todo el fracaso y

¹⁰³ J. DE LA CUEVA, *o. cit.*, Jornada cuarta, págs. 95-96.

¹⁰⁴ J. DE LA CUEVA, *o. cit.*, Jornada tercera, pág. 91.

asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid»¹⁰⁵. De hecho, al licenciado Torralba, que contaba todas esas cosas, la Inquisición lo había juzgado por hechicero en 1531.

Diremos de paso que, contrariamente a lo que le ocurría medio siglo antes al autor del *Viaje de Turquía*, para quien, aun después del saco, Roma continuaba siendo «un infierno abreviado»¹⁰⁶, para el católico Miguel de Cervantes Roma había recobrado ya íntegro su antiguo prestigio de «maestra e sennora de toda Cristiandat», como la proclamaba siglos antes el patriarca de las letras españolas, Gonzalo de Berceo¹⁰⁷. Basta leer su conocido soneto que comienza: «Oh grande, oh poderosa, oh sacrosanta / Alma ciudad de Roma», y termina: «No hay parte en ti que no sirva de ejemplo / De Santidad, así como trazada / De la ciudad de Dios al gran modelo»¹⁰⁸.

El saco de Roma inspira también uno de los romances históricos recogidos en el *Romancero general*. Su anónimo autor, evidentemente influenciado por las ideas de Erasmo y de Valdés, después de llorar aquellos desmanes y atropellos, no pierde la ocasión para cargar las culpas de todo al mal gobierno del Papa y a los pecados de la ciudad:

Triste estaba el Padre Santo,
Lleno de angustia y de pena
En Sant Angel, su castillo,
De pechos sobre una almena,
La cabeza sin tiara,
De sudor y polvo llena,
Viendo a la reina del mundo
En poder de gente ajena,
Los tan famosos romanos,
Puestos so yugo y melena;
Los cardenales atados,
Los obispos en cadena;
Las reliquias de los santos
Sembradas por el arena,
El vestimento de Cristo,
El pie de la Magdalena,
El prepucio y Vera-Cruz
Hallada por santa Elena,

¹⁰⁵ MIGUEL DE CERVANTES, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, parte segunda, cap. XLI, en «Obras completas», Madrid, Aguilar, 15.^a ed., 1967, pág. 1412, col. 2.

¹⁰⁶ CRISTÓBAL DE VILLALÓN, *Viaje de Turquía* (modernamente atribuido a Andrés Laguna), tomo II, págs. 72-73, Madrid, Calpe, «Colección Universal», 1919.

¹⁰⁷ G. DE BERCEO, *Milagros de Nuestra Señora*, edición y notas de A. G. Solalinde, Madrid, «Clásicos Castellanos», 1922, pág. 60 (Milagro X: *Los dos hermanos*, vv. 1-2).

¹⁰⁸ M. DE CERVANTES, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, Libro IV, cap. III, en «Obras completas», cit., pág. 1692, col. 2.

Las iglesias violadas,
 Sin dejar cruz ni patena.
 El clamor de las matronas
 Los siete montes atruena,
 Viendo sus hijos vendidos,
 Sus hijas en mala estrena.
 Cónsules y senadores,
 De quejas hacen su cena,
 Por faltalles un Horacio,
 Como en tiempos de Prosená.
 La gran soberbia de Roma
 Hora España la refrena:
 Por la culpa del pastor
 El ganado se condena.
 Agora pagan los triunfos
 De Venecia y Cartagena,
 Pues la nave de Sant Pedro
 Quebrada lleva la entena,
 El gobernalle quitado,
 La aguja se desgobierna:
 Gran agua coge la bomba,
 Menester tiene carena,
 Por la culpa del piloto
 Que la rige y la gobierna.
 ¡Oh Papa, que en los Clementes
 Tienes la silla suprema,
 Mira que tu potestad
 Es transitoria y terrena!
 Tú mismo fuiste el cuchillo
 Para cortarte tu vena.
 ¡Oh fundador de los cielos,
 Dadnos paz, pues es tan buena!
 Que si falta a los cristianos,
 Huelga la gente agarena,
 Y crece la secta mala
 Como abejas en colmena.
 La justicia ya es perdida;
 Virtud duerme a la serena;
 Quien más puede come al otro,
 Como en la mar la ballena:
 Fuerza reina, fuerza vale,
 Dice al fin mi cantilena ¹⁰⁹.

¹⁰⁹ AGUSTÍN DURÁN, *Romancero general*, tomo II, 1155, «Biblioteca de Autores Españoles», 16. pág. 162, col. 1-2, Madrid, 1851; M. BATAILLON, *o. cit.*, págs. 448-449.

El rey Felipe IV, en el «Prólogo» a su conocida traducción al castellano de *La storia d'Italia* de Guicciardini, trata también (pero en los términos más moderados) de descargar a Carlos V de la responsabilidad de aquellos desafueros, cargándolos exclusivamente a la cuenta de los «luteranos y foragidos» que había en el ejército imperial y apuntando de paso la responsabilidad de Clemente VII por su provocadora política antiimperial: El desorden ocurrido en Roma, dice Felipe IV, «se puede atribuir más a la insolencia y desenfrenada ambición de tanta multitud de luteranos y foragidos (que así se pueden y deben llamar a los que conducía Borbón en su ejército), que a las órdenes del Emperador; pues ningún autor escribe que la hubiese dado para semejante insulto, antes refieren muchos lo contrario. Y es cierto que él, poco antes, había concluido paz con el Pontífice por medio de Carlos Lanoy, virrey de Nápoles, e ido él [se refiere, claro está a Lanoy] en persona por orden del papa, con gran riesgo de su vida, a detener la desordenada codicia con que venía el ejército contra Roma. No tenía [el Emperador] intención de cooperar en este suceso, aunque fueron grandes las ocasiones que le dio Clemente con las confederaciones y ligas que hacía con sus enemigos para hacerle la guerra, no como a Sumo Pontífice sino como a príncipe secular de Italia»¹¹⁰.

En el siglo pasado, el Duque de Rivas recordó en uno de sus *Romances históricos* (el titulado *Un castellano leal*) la figura del duque de Borbón. Pero habla sólo del Borbón anterior a la campaña de Roma, que, traidor a su rey y entrando al servicio de Carlos V, después de la batalla de Pavía, se había alojado, por disposición del Emperador, en el palacio toledano del conde de Benavente; y esto a pesar de las protestas del leal castellano, que no quería ver mancillado su palacio con aquella presencia:

No profane mi palacio
un fermentado traidor,
que contra su rey combate
y que a su patria vendió¹¹¹.

Como puede verse, el juicio del Duque de Rivas sobre el de Borbón no puede ser más adverso: tan adverso como el que él mismo atribuye al héroe de su romance que, para limpiar su palacio de aquella profanación, no vaciló en entregarlo a las llamas.

Recientemente, el saco de Roma ha sido recordado en la literatura en lengua castellana en la excelente novela *Bomarzo* del escritor argentino Manuel Mújica Láinez, quien, con singular acierto, poniendo su relato en boca de un testigo presencial, prodigiosamente sobrevivido hasta nuestros días, reevoca

¹¹⁰ FELIPE IV, «Prólogo» a su traducción de la *Historia de Italia* de F. Guicciardini, Madrid, «Biblioteca clásica», tomo I, 1889-1890, págs. XXIII-XXIV.

¹¹¹ DUQUE DE RIVAS, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1945, págs. 511-515.

aquel episodio como uno de los más destacados en la vida agitada y espléndida de la Italia del siglo dieciséis¹¹².

A pesar de haberme extendido excesivamente, sólo he podido presentar algunos de los muchos testimonios que, sobre el saco de Roma, han quedado en la literatura española, y más aún en la italiana. Pero creo que estos testimonios son suficientemente significativos para poder ver el fuerte y duradero impacto que aquel penoso acontecimiento causó en España y sobre todo, como es natural, en Italia.

¹¹² MANUEL MÚJICA LÁINEZ, *Bomarzo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 3.^a ed., 1967, págs. 164-166.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
PRÓLOGO, MANUEL SITO ALBA	7
INTRODUCCIÓN, MIGUEL BATLLORI	13
PALABRAS DE APERTURA, EVELIO VERDERA Y TUELLS	17
PRESENTACIÓN, MANUEL SITO ALBA	19
EL TRASFONDO HISTÓRICO	23
GIUSEPPE GALASSO, <i>L'Italia e Carlo V</i>	25
INTERVENCIONES	34
MANUEL FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, <i>Los condicionamientos históricos de un apertu-</i> <i>rismo ideológico frustrado</i> (Resumen)	37
INTERVENCIONES	38
FÉLIX FERNÁNDEZ MURGA, <i>El Saco de Roma en los escritores italianos y espa-</i> <i>ñoles de la época</i>	39
LAS DOCTRINAS POLÍTICAS	73
LUIGI FIRPO, <i>I trattatisti italiani</i> (Riassunto)	75
INTERVENCIONES	77
GIUSEPPE DE GENNARO, <i>L' «amplificatio» nei «Dos Diálogos» di Alfonso de Val-</i> <i>dés tradotti in italiano nella prima metà del sec. XVI</i>	79
INTERVENCIONES	100
LAS TENDENCIAS LINGÜÍSTICAS	101
GIAN LUIGI BECCARIA, <i>Riflessi linguistici dello spagnolo sull'italiano del primo</i> <i>Cinquecento</i>	103
INTERVENCIONES	113
FRANCISCO RICO, <i>Variaciones sobre Garcilaso y la lengua del petrarquismo</i>	115
INTERVENCIONES	131
LAS CORRIENTES LITERARIAS	133
CRISTINA BARBOLANI, <i>Los diálogos de Juan de Valdés, ¿reflexión o improvisación?</i> <i>INTERVENCIONES</i>	135
ALBERTO BLECUA, <i>Gregorio Silvestre y la poesía italiana</i>	155
GIOVANNI ALLEGRA, <i>Su una costante cinquecentesca: la nuova «età dell'oro»</i> <i>(Intervención)</i>	175
OTRAS INTERVENCIONES	179

	Págs.
EL AMBIENTE RELIGIOSO	183
CARLO GINZBURG - ADRIANO PROSPERI, <i>Juan de Valdés e la Riforma in Italia: proposte di ricerca</i>	185
INTERVENCIONES	196
ROMEO DE MAIO, <i>La vita religiosa in Italia ai tempi di Alfonso e Juan de Valdés</i>	199
INTERVENCIONES	203
PASQUALE LOPEZ, <i>L' «oficina» napoletana del valdesiano Galeota</i>	209
MIGUEL AVILÉS FERNÁNDEZ, <i>España e Italia en los escritos del antierasmista Luis de Maluenda</i>	225
EUGENIO ASENSIO, <i>Exégesis bíblica en España. Encuentro de Fray Cipriano de Huerga con Juan de Valdés en Alcalá</i>	241
INTERVENCIONES	263
MARGHERITA MORREALE, <i>Comentario a una página de Alfonso de Valdés sobre la veneración de los santos</i>	265
JOSÉ LUIS GONZÁLEZ NOVALÍN, <i>Las misas «artificialmente ordenadas» en los misales y escritos renacentistas</i>	281
EL TRASFONDO SOCIO-ECONÓMICO	297
FELIPE RUIZ MARTÍN, <i>Economía y sociedad en la España de Carlos V</i>	299
INTERVENCIONES	308
APÉNDICES	309
CLEMENTE TERNI, <i>Musica spagnola e italiana al tempo dei fratelli Alfonso e Juan de Valdés</i>	311
MARCEL BATAILLON, <i>Conclusión</i>	315
ÍNDICE ONOMÁSTICO	319
ÍNDICE GENERAL	331



